
3 1761 09373067 9

POESÍAS

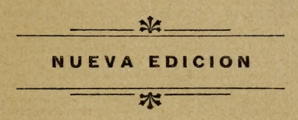
José A. Silva

POESÍAS

PRECEDIDAS DE UN PROLOGO

D

DON MIGUEL DE UNAMUNO



NUEVA EDICION

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907,
Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910
MALLORCA, 166

BUENOS AIRES, Maucci Hermanos, Sarmiento, 1057 al 1065

Compuesto en máquina *Typograph*

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Cuando D. Hernando Martínez, colector de los escritos en verso y en prosa de José Asunción Silva me escribió pidiéndome para ellos un prólogo, le contesté, no sólo aceptándolo sino dándole las gracias por el encargo. Me parecía poder decir muchas cosas sobre el dulce poeta bogotano. Y me parecía poder decirlas porque en las lontananzas de mi memoria, entre rumor de hojas secas, susurraban retazos de sus cantos. Su letra se me había volado, pero me quedaba su música íntima, su música silenciosa, música de alas.

Mas ahora, con la blancura del papel delante, encuentro tan en blanco como él mi espíritu y apenas sé por donde empezar. ¿Cómo reducir á ideas una poesía pura, en que las palabras se adelgazan y ahílan y esfuman hasta convertirse en nube que la brisa del sentimiento arremolina y hace rodar bajo el sol, que en su colmo la blanquea y en su puesta la dora? Porque aquí hay versos blancos de mediodía y rojos de atardecer; más rojos que blancos.

Comentar á Silva es algo así como ir diciendo á un auditorio de las sinfonías de Beethoven lo que va pasando según las notas resbalan á sus oídos. Cada cual vierte en ellas sus propios pensares, quereres y sentires.

Lo primero, ¿qué dice Silva? Silva no puede decirse que diga cosa alguna; Silva canta. Y ¿qué canta? He aquí una pregunta á la que no es fácil contestar desde

luego. Silva canta como canta un pájaro, pero un pájaro triste, que siente el advenimiento de la muerte á la hora en que se acuesta el sol.

> El verso es vaso santo; poned en él tan sólo
> un pensamiento puro.

Y puros, purísimos son por lo común los pensamientos que Silva puso en sus versos. Tan puros que como tales pensamientos no pocas veces se diluyen en la música interior, en el ritmo. Son un mero soporte de sentimientos.

Y cuando estos pensamientos se acusan, cuando resalta de relieve el elemento conceptual de Silva, es cuando Silva me gusta menos. Su melancolía, su desesperación no son melancolía y desesperación reflexivas como eran las de Antero de Quental, que como Silva, se abrió por su mano la puerta de las tinieblas soterrañas. El portugués pensó su huída; el colombiano la sintió.

Y gusto de Silva además porque fué el primero en llevar á la poesía hispano-americana y con ella á la española, ciertos tonos y ciertos aires, que después se han puesto en moda degradándose.

«Todos los hegelianos han sido tontos menos Hegel», suele decir un amigo mío, y aun cuando no esté del todo conforme con el aforismo reconozco su gran fondo de verdad.

No sé bien qué es eso de los modernistas y el modernismo, pues llaman así á cosas tan diversas y hasta opuestas entre sí, que no hay modo de reducirlas á una común categoría. No sé lo que es el modernismo literario, pero en muchos de los llamados modernistas, en los más de ellos, encuentro cosas que encontré antes en Silva. Sólo que en Silva me deleitan y en ellos me hastían y enfadan.

Y es que uno dice una cosa y con ella ilumina ó calienta á sus hermanos, la repite otro y les deja á oscuras y fríos. La idea es la misma; se le apagaron fuego y luz al pasar

de uno á otro y de brasa ardiente y luciente que era se quedó en carbón frío y oscuro.

Y no es que la originalidad de Silva esté ni en sus pensamientos ni en el modo de expresarlos; no está ni en su fondo ni en su forma. ¿Dónde entonces?, se me preguntará. En algo más sutil y á la vez más íntimo que una y otro, en algo que los une y acorda, en una cierta armonía que informa el fondo y ahonda la forma, en el tono, ó si queréis, en el ritmo interior.

En el ritmo interior, digo, y no en el ritmo meramente acústico de sus versos; no en el sonsonete más ó menos brizador en que cifran su afán tantos versificadores que aspiran á poetas. La música de Silva es música de alas, casi silenciosa, ó sin casi.

Y ello cuando Silva dejó que su mano corriera sobre el papel al empuje del sentimiento, no cuando la refrenó y puesta la vista en la técnica—y en una técnica extraña y pegadiza—urdió versos como aquellos alejandrinos pareados de *Un poema*.

* * *

¿Y este hombre será olvidado? Me lo hace temer su delicadeza misma, su delicadeza interior. Porque también está olvidado el poeta español que más me le recuerda, el dulcísimo y delicadísimo Vicente Wenceslao Querol. Leed las *Rimas* de Querol y decidme luego si las *Vejeces* de Silva no es un poema queroliano. Y á Querol le han ahogado trompeterías de clarines y guitarreos de serenata morisca, amén de virtuosismos de bandolina de café-concierto.

Y este Silva, como aquel Querol, como todo poeta de raíz, tenía su infancia á flor de alma. Porque un poeta ¿qué es sino un hombre que ve el mundo con corazón de niño y cuya mirada infantil, á fuerza de pureza, penetra á las entrañas de las cosas pasaderas y de las permanentes? Leed la poesía de Silva *Infancia,* leed la carta de Querol

á sus hermanas, ó aquella maravilla de sentimiento que llama *Ausente.*

Y era acaso esta santa permanencia de la infancia en su alma lo que le hacía añorar á Silva el reposo eterno de allende la tumba. Cuanto más largos son hacia atrás nuestros recuerdos y más dulces; más largas y más dulces son hacia adelante nuestras esperanzas. Es la brisa que nos viene de más atrás de nuestro primer vagido, de más allá, hacia el ayer, de nuestro nacimiento, la que nos trae reecuerdos que convertidos en esperanzas al pasar sobre nuestro corazón van, con la brisa misma, brisa de eternidad y de misterio, más adelante de nuestro último suspiro, más allá, hacia el mañana de nuestra muerte. El amor á la infancia y el amor á la muerte se abrazaron en Silva, y, ¿quién lo sabe—sólo Dios—tal vez se cortó la vida por no poder seguir siendo niño en ella. Y

al dejar la prisión que las encierra,
qué encontrarán las almas?

Preguntemos más bien, ¿qué dejarán las almas?
La de Silva nos dejó estos cantos.
¿Y qué encontró allá?

¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!...

Este hombre cantó lo que ya no era ó lo que aun no era, el pasado ó el porvenir y en las cosas viejas, tristes, desteñidas, sin voz y sin color, que saben secretos de las épocas muertas, de las vidas que ya nadie conserva en la memoria, buscó acaso el secreto del mañana que fué á buscar con anhelo al dejar, con voluntaria resolución,

esta morada de paso y de aflicciones. Y se hundió en la naturaleza.

Cuna y sepulcro eterno de las cosas.

¿Lo véis? ¿Véis como une una vez más la cuna con el sepulcro? ¿Véis como lleva su infancia como ofrenda á la muerte?

¿Encontró la llave del misterio? ¿Leyó el sino en el fondo de las pupilas inmóviles de la eterna Esfinge?

¡Estrellas, luces pensativas!
¡estrellas, pupilas inciertas!
¿por qué os calláis si estáis vivas,
y por qué alumbráis si estáis muertas?

* * *

Murió José Asunción Silva en Bogotá, su pueblo natal, despojándose por libre albedrío de la vida, el 24 de mayo de 1896, á los treinta y cinco años, cinco meses y veintisiete días de edad.

Días antes, pretextando consultarse sobre una enfermedad, hizo que el médico le dibujara en la ropa interior el corazón, por el que vivía y por el que iba á morir. Metió en él una bala. La noche antes leyó, como de costumbre, en la cama. Dejó el libro abierto, como para continuar la lectura. Era una mañana de domingo; su familia en tanto asistía á los oficios religiosos del culto católico, á rogar por los vivos y los muertos.

Dos ó tres años antes había muerto su hermana Elvira llevando á la tumba aromas de la común infancia y dejándole soledades. No pudo José Asunción conformarse con el hado. El *Nocturno*,—¿qué historia habrá dentro de él?—fué su adiós á la vida. Iba allá donde acaso las sombras

de las almas se juntan en uno y hacen una sola sombra larga, muy larga, infinita, eterna, divina, una sombra tal vez radiante de luz.

¿Qué hizo en su vida? Sufrir, soñar, cantar. ¿Os parece poco? Sufrir, soñar, cantar y meditar el misterio.

Porque el misterio da vida á los mejores de sus cantos, y persiguiendo el misterio se cansó del camino de la tierra. Persiguiendo el misterio y tratando de encerrar en sus estrofas las pálidas cosas que sonríen, de aprisionar en el verso los fantasmas grises según iban pasando, como nos lo dice él mismo.

Fué una vida de soñador y de poeta, y de Silva cabe decir que es el poeta puro, sin mezcla ni aleación de otra cosa alguna. Y el mundo le rompió con el sueño la vida.

Murió de muerte; murió de tristeza, de ansiedad, de anhelo, de desencanto; murió tal vez para conocer cuanto antes el secreto de la muerte y de la vida.

Se lo preguntó muchas veces, «arrodillado y trémulo» á la Tierra, aguardando en las soledades de ella la respuesta y

la tierra, casi siempre displicente y callada
al gran poeta lírico no le contestó nada.

Y como nada le contestase la Tierra, bajó, en busca de contestación, á su seno, cuna y sepulcro de cuanto vive, adonde duerme «lo que fué y ya no existe», á dormir á sus anchas,—¿sabedor acaso ya del enigma?—

en una angosta sepultura fría,
lejos del mundo y de la vida loca,
en un negro ataúd de cuatro planchas
con un montón de tierra entre la boca.

Y murió también de hambre. De hambre, sí; de hambre de saber sabiduría sustancial y eterna. Murió del mal

del siglo, de un desaliento de la vida que en lo íntimo de él arraigó, del «mismo mal de Werther, de Rolla, de Manfredo y de Leopardi»,

> un cansancio de todo, un absoluto
> desprecio por lo humano... un incesante
> renegar de lo vil de la existencia
> digno de mi maestro Schopenhauer,
> un malestar profundo que se aumenta
> con todas las torturas del análisis.

Y para este terrible mal le recetaron los doctores madrugar, dormir largo, beber bien, comer bien, cuidarse, diciéndole que lo que tenía era hambre (v. *El mal del siglo*). Y hambre era en verdad, hambre de eternidad.

* * *

Tal es la nota profunda de los cantos de Silva, el que se despojó por propia mano de la carga del vivir. Todas las demás son á modo de acordes ó armónicas de ella. Y entre éstas la nota erótica, ó, más bien amorosa, en cuanto se trate de amor á mujer.

Silva no es un poeta erótico, como no lo es, en rigor, ninguno de los más grandes poetas. Y estos grandes poetas, que no han hecho del amor á mujer ni el único ni siquiera el central sentimiento de la vida, son los que con más fuerza y originalidad y más intensidad de sentimiento han cantado el amor ese.

Se ha dicho que para aquellos que aman poco—á mujer se entiende—ese amor les llena casi toda la vida, mientras que en aquellos que aman mucho el amor es una cosa subordinada y secundaria. Y no es paradoja, sino cuestión de capacidad espiritual. Este puede amar triple que aquél y sin embargo, no ocuparle el amor sino un tercio y en el otro dos tercios.

El amor en Silva, como en Werther, como en Manfredo, como en Leopardi, era un modo de dar pábulo á otros sentimientos; en el amor buscó—estoy de ello seguro—la respuesta de la Esfinge. Silva, en sus versos al menos, no se nos aparece un sensual, mucho menos un carnal. Es en ellos casto, castísimo.

No hay rastro en él de esa peste de carnalidad que no sólo mancha, sino arramplona y vulgariza las poesías de tantos de los que le han seguido.

Junto al eterno misterio ¿qué es una noche de placer? A lo sumo un modo de acallar el susurro de él y Silva no trató de acallarlo sino al despojarse de la vida.

Los jóvenes cuando salen de la infancia y antes de entrar en la virilidad, en esa edad indecisa y ambigua en que se dejó ya de ser niño y aun no se es hombre, se imaginan que los ojos de la novia son las estrellas mellizas en torno de las cuales gira sumiso el universo todo. Y llegan á creerse que todo arte y toda poesía se encienden no más que en la luz de esos ojos. Y, sin embargo, no es la hermosura de Elena, sino la ira de Aquiles el centro de la *Ilíada*, ni es, en rigor, Beatriz más que un pretexto para la *Divina Comedia*, ni es el amor el quicio cardinal único de las tragedias de Shakespeare, ni Dulcinea es más que un fantasma en el *Quijote*, ni Margarita otra cosa que un episodio en el *Fausto*.

Cuando en la literatura de un pueblo se da en cantar ante todo y sobre todo á la mujer por sí misma, es que ese pueblo está enervándose y rebajándose, hasta en el amor.

Y Silva parece como si no pasara por esa edad indecisa y ambigua en que sin serse ya niño no se es tampoco aun hombre, sino que su infancia, de la que tan dulces recuerdos cantan en sus cantos, se prolongó en su edad madura. ¿Madura? Cortó la madurez al sentir acaso que

le ahogaba el verdor, al sentir como Leopardi que estamos despojando del verde á toda cosa.

Fué, en rigor, la tortura metafísica la que mató á Silva. Silva de una manera balbuciente y primitiva, con un cierto candor y sencillez infantiles, es un poeta metafísico, aunque haya estetas impenitentes que se horroricen de verme ayuntar esos dos términos. Silva me parece un niño grande que se asoma al brocal del eterno misterio, da en él una voz y se sobrecoge de sagrado terror religioso al recibir el eco de ella prolongado al infinito y perdiéndose en lontananzas ultracósmicas, en el silencio de las últimas estrellas.

* * *

Y este hombre ¿dónde se hizo? En Bogotá, en el fondo de Colombia, lejos del tumulto de las grandes avenidas de los pueblos, en un remanso, que aunque no sin sus tempestades interiores, se mantiene aparte de nuestras tormentas de más estrépito que sustancia.

Esa remota Colombia, á la que conocemos sobre todo por la *María* de Jorge Isaacs, es para muchos de los que volvemos ojos inquisitivos á la América española un país de encanto. No ha mucho volvía yo á visitarlo en una novela de Tomás Carrasquilla y me parecía volver á la España campesina de hace unos siglos.

Bogotá—me lo han dicho los que la conocen—da la impresión de una ciudad antigua española, con su reposo cantado por el campaneo de los conventos. Para llegar á ella desde cualquier punto de la costa se necesita varios días, parte de navegación fluvial, parte de jornadas en diligencia ó caballería. Y para ir de unas á otras capitales largos viajes también, por escasear los medios rápidos de traslado.

Una población escasa, diseminada en un vasto territorio

adonde no llegan las oleadas de emigrantes que inundan otras tierras americanas, una población que ha conservado tal vez más que ninguna otra de la América española las tradiciones y sentimientos de la apacible colonia. Su lengua, el castellano que se habla y escribe en Colombia, es el que más dejos de casticismo tiene para nosotros; conserva ciertas voces y giros arcaicos que aquí van desapareciendo. Al leer novelas y relatos, sobre todo de la región antioqueña, en el corazón de los Andes, de Carrasquilla, de Latorre, de Rendón, me ha parecido verme trasportado á rincones de una España que solo fué ó está yéndose.

En estas tierras, tan favorables para el arte y la poesía, las novedades europeas llegan, pero llegan despacio y llegan, acaso, tamizadas. De nosotros conocen las obras, no los hombres, es decir, lo mejor. Cuando va á dar á sus manos el último número de la última revista ó el libro reciente ya no huele á tinta fresca de imprimir.

Su vida social y política interior trascurre con una cierta relativa independencia de los movimientos que á la vez que agitan encadenan las historias de nuestros respectivos pueblos y es una vida que tiene, por lo tanto, su sello propio. Un sello que á los españoles nos resulta conocido. Cuando leí los recuerdos de la última guerra civil de allá, de Max Grillo, resurgían á mi mente los recuerdos de nuestra última guerra civil carlista. No puede darse dos cosas más parecidas. Y allí parece presentarse el que llamamos problema religioso con los mismos caracteres con que aquí se presenta, y lo mismo que aquí creo que allí se presenta el fenómeno del paso de aquella sociedad recogida y patriarcal, pero timorata y tal vez gazmoña é hipócrita, á otra sociedad más batida y aereada á soplos de las hojas todas de la rosa de los vientos del espíritu.

Me imagino, creo que bien, lo que fuera una familia y la vida familiar en el seno de aquella sociedad en los

tiempos en que Silva abría su alma al mundo, que son casi los mismos, con diferencia de sólo cuatro años, en que yo abrí la mía en un ambiente que estimo no muy distinto del suyo. Y me imagino los vagabundeos del espíritu del poeta en la quietud tranquila de la vida bogotana, en los días iguales.

Digo en los días iguales porque á los que hemos nacido y vivido en esas latitudes de largos días de verano y largas noches de invierno, de este acortarse y alargarse las jornadas de sol, cambio que pone una cierta novedad, siempre vieja, en el curso de nuestra vida, cambio que distribuye nuestro régimen, á nosotros nos es difícil representarnos lo que esa isócrona repartición del día y de la noche, lo que ese ritmo acompasado y siempre igual de la luz y las tinieblas—como balance de un péndulo—ha de influir en el ánimo. Un poeta colombiano no puede decirse como un poeta escocés que el crepúsculo de la puesta se abrazaba con el del alba con la breve ausencia del sol. La noche de San Juan ni la de Navidad pueden tener allí el sentido que aquí tienen, porque la naturaleza no sirve á la tradición que llevaron los colonos, aunque la tradición perdure.

Pero esta monotonía, este ritmo pendular de los días y las noches, trae consigo una eterna primavera, una apacibilidad constante, ¿No se brizan y aduermen en ella las eternas inquietudes? ¿Y cuando se despiertan, no lo hacen acaso con cierto sobresalto, en la apacible y monótona procesión de los días y los meses?

Nos es difícil, repito, á los que hemos nacido, nos hemos criado y vivimos en zonas de invierno de largas noches y nieves, de verano de largos días y bochornos, que esperamos en cada estación la venidera y según sus vicisitudes arreglamos nuestras ocupaciones, nos es difícil imaginarnos la impresión que esa constancia de la naturaleza ha de imprimir en el espíritu.

Algo de esta impresión puede rastrearse, creo, en el

ritmo pendular de los versos de Silva, en la marcha sosegada de sus estrofas, por dentro de las cuales circula la tristeza monótona del eterno sucederse de los días iguales de una inalterable primavera. ¿Hay acaso, á la larga, nada más triste que la eterna é imperturbable sonrisa de la tierra? ¿hay nada más enigmático, nada más esfíngico?

* * *

Después de todas estas reflexiones que he ido dejando caer de mi espíritu lleno de las dulces resonancias de los cantos de Silva y ungido con la unción de su poesía, pensé en un principio hablar de cosas técnicas, de la factura del verso, de su música para el oído carnal, de otras cosillas análogas. Pero ahora me doy cuenta de que no es de este lugar.

Eso sólo importa á los profesionales y no es á éstos á quienes ahora me dirijo. Ni quiero degradar la memoria de Silva tratándole como á un *virtuoso* de la literatura en verso. Todas las disputas de escuelas, de conventículos y de cotarros pasarán, pasarán los que creyeron conquistar un puesto en el Parnaso por haberse dejado llevar de la rutina de mañana, despreciando la de ayer, pasará el vocerío de los jóvenes profesionales—de esos que hacen de la juventud profesión llamándose á sí mismos con ridícula petulancia «nosotros, los jóvenes»—pasarán las caramilladas hueras, pasará el pseudo-paganismo afrancesado, pasará... y quedará Silva que clavó sus ojos en los ojos de la eterna Esfinge y bañó su corazón en el lago—lago de terrible quietud y calma de sobrehaz—de las perdurables é imperecederas inquietudes. Y quedará, además, porque esas inquietudes eternas las cantó como un niño, con simplicidad, porque el tuétano de sus sentimientos no va ligado á formas de escuela filosófica alguna. Silva volvió á descubrir lo que hace siglos estaba descubierto, hizo propias y nuevas las

ideas comunes y viejas. Para Silva fué nuevo bajo el sol el misterio de la vida; gustó, creo, el estupor de Adán al encontrarse arrojado del paraíso; gustó el dolor paradisíaco.

Y Silva será un día orgullo de esta nuestra casta hispánica, que le produjo allá, en el sosiego primaveral de la jugosa Colombia, en el remanso de Bogotá. ¿Quién sabe si cuando claman al cielo las lenguas broncíneas de sus campanarios no se unen á su canto los cantos de José Asunción Silva como un entrañable *miserere*?

Miserere, Domine; compadécete, Señor, de tu siervo y concédele la dulce paz de la infancia, por la que tanto suspiró en los cantos que Tú le inspiraste.

Miguel de Unamuno.

Salamanca, Marzo de 1908.



AL OIDO DEL LECTOR

AL OIDO DEL LECTOR

No fué pasión aquello,
fué una ternura vaga...
lo que inspiran los niños enfermizos,
los tiempos idos y las noches pálidas.

El espíritu solo
al conmoverse canta:
cuando el amor lo agita poderoso
tiembla, medita, se recoge y calla.

Pasión hubiera sido,
en verdad, estas páginas
en otro tiempo más feliz escritas
no tuvieran estrofas sino lágrimas.



INFANCIA

INFANCIA

(Estos recuerdos con olor de helecho
son el idilio de la edad primera.
G. G. G.)

CON el recuerdo vago de las cosas
que embellecen el tiempo y la distancia,
retornan á las almas cariñosas
cual bandada de blancas mariposas,
los plácidos recuerdos de la infancia.

¡Caperucita, Barba Azul, pequeños
liliputienses; Gulliver gigante
que flotáis en las brumas de los sueños,
aquí tended las alas,
que yo con alegría
llamaré para haceros compañía
al ratoncito Pérez y á Urdimalas!

¡Edad feliz! Seguir con vivos ojos
donde la idea brilla,
de la maestra la cansada mano,
sobre los grandes caracteres rojos
de la rota cartilla,
donde el esbozo de un bosquejo vago,
fruto de instantes de infantil despecho,

las separadas letras juntas puso
bajo la sombra de impasible techo.

En alas de la brisa
del luminoso Agosto, blanca, inquieta
á la región de las errantes nubes
hacer que se levante la cometa
en húmeda mañana;
con el vestido nuevo hecho girones,
en las ramas gomosas del cerezo
el nido sorprender de copetones;
escuchar de la abuela
las sencillas historias peregrinas;
perseguir las errantes golondrinas,
abandonar la escuela
y organizar horrísona batalla
en donde hacen las piedras de metralla
y el ajado pañuelo de bandera;
componer el pesebre
de los silos del monte levantados;
tras del largo paseo bullicioso
traer la grama leve,
los corales, el musgo codiciado.
Y en extraños paisajes peregrinos
y perspectivas nunca imaginadas,
hacer de áureas arenas los caminos
y de talco brillante las cascadas.
Los Reyes colocar en la colina
y colgada del techo
la estrella que sus pasos encamina,
y en el portal el Niño-Dios riente
sobre mullido lecho
de musgo gris y verdecino helecho.

¡Alma blanca, mejillas sonrosadas,
cutis de níveo armiño,
cabellera de oro,
ojos vivos de plácidas miradas,
cuán bello hacéis al inocente niño!

Infancia, valle ameno,
de calma y de frescura bendecida
donde es suave el rayo
del sol que abraza el resto de la vida.
¡Cómo es de santa tu inocencia pura,
cómo tus breves dichas transitorias,
cómo es de dulce en horas de amargura
dirigir al pasado la mirada
y evocar tus memorias!



CRISALIDAS

Cuando enferma la niña todavía
salió cierta mañana
y recorrió, con inseguro paso,
la vecina montaña,
trajo, entre un ramo de silvestres flores,
oculta una crisálida
que en un aospento colocó, muy cerca
de la cunita blanca...

. . . .

Unos días después, en el momento
en que ella expiraba,
y todos la veían, con los ojos
nublados por las lágrimas,
en el instante en que murió, sentimos
leve rumor de alas
y vimos escapar, tender el vuelo
por la antigua ventana
que da sobre el jardín, una pequeña
mariposa dorada.

. . . .

La prisión, ya vacía, del insecto,
busqué con vista rápida;

al mirar vi de la difunta niña
la frente mustia y pálida,
y pensé ¿si al dejar su cárcel triste
la mariposa alada,
la luz encuentra y el espacio inmenso,
y las campestres auras,
al dejar la prisión que las encierra
qué encontrarán las almas?...



CREPÚSCULO

JUNTO de la cuna aun no está encendida
la lámpara tibia que alegra y reposa,
y se filtra opaca, por entre cortinas,
de la tarde triste la luz azulosa.

Los niños cansados suspenden sus juegos,
de la calle vienen extraños ruídos,
en estos momentos, en todos los cuartos,
se van despertando los duendes dormidos.

La sombra que sube por los cortinajes,
para los hermosos oyentes pueriles,
se puebla y se llena con los personajes
de los tenebrosos cuentos infantiles.

Flota en ella el pobre Rín Rín Renacuajo,
corre y huye el triste Ratoncito Pérez,
y la entenebrece la forma del trágico
Barba Azul, que mata sus siete mujeres.

En unas distancias enormes é ignotas,
que por los rincones oscuros suscita,
andan por los prados el Gato con Botas,
y el lobo que marcha con Caperucita.

Y, ágil caballero, cruzando la selva,
do vibra el ladrido fúnebre de un gozque,

á escape tendido va el Príncipe Rubio
á ver á la Hermosa Durmiente del Bosque.
. . . .

Del infantil grupo se levanta leve
argentada y pura una vocecilla
que comienza: «Entonces se fueron al baile
y dejaron sola á Cenicentilla;

se quedó la pobre triste en la cocina,
de llanto, de pena nublados los ojos,
mirando los juegos extraños que hacían
en las sombras negras los carbones rojos.

Pero vino el hada, que era su madrina,
le trajo un vestido de encaje y crespones,
le hizo un coche de oro de una calabaza,
convirtió en caballos unos seis ratones,

le dió un ramo enorme de magnolias húmedas,
unos zapatitos de vidrio, brillantes,
y de un solo golpe de la vara mágica
las cenizas grises convirtió en diamantes.»
. . . .

Con atento oído las niñas la escuchan,
las muñecas duermen en la blanca alfombra,
medio abandonadas, y en el aposento
la luz disminuye, se aumenta la sombra.
. . . .

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas,
llenos de paisajes y de sugestiones,
que abrís á lo lejos amplias perspectivas
á las infantiles imaginaciones!

¡Cuentos que nacisteis en ignotos tiempos
y que vais volando por entre lo oscuro,
desde los potentes arios primitivos,
hasta las enclenques razas del futuro!;

¡cuentos que repiten sencillas nodrizas
muy paso á los niños cuando no se duermen
y que en sí atesoran del sueño poético
el íntimo encanto, la esencia y el gérmen!;

¡cuentos más durables que las convicciones
de graves filósofos y sabias escuelas,
y que rodeasteis con vuestras ficciones
las cunas doradas de las bisabuelas!

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas,
que pobláis los sueños confusos del niño,
el tiempo os sepulta por siempre en el alma
y el hombre os evoca con hondo cariño.



LOS MADEROS DE SAN JUAN

...Y aserrín
aserrán,
los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
Alfandoque;
los de Rique,
Alfeñique;
Los de Trique
Triquitrán.
¡Triqui, triqui, triqui, trán!
¡Triqui, triqui, triqui, trán!...

Y en las rodillas duras y firmes de la abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño,
y entrambos agitados y trémulos están...
La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en el futuro, de angustia y desengaño,
los días ignorados del nieto guardarán...

Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
¡triqui, triqui, triqui, trán!

¡Esas arrugas hondas recuerdan una historia
de largos sufrimientos y silenciosa angustia!
y sus cabellos blancos como la nieve están;
...de un gran dolor el sello marcó la frente mustia,
y son sus ojos turbios espejos que empañaron
los años, y que á tiempo las formas reflejaron
de seres y de cosas que nunca volverán...
...Los de Roque,
Alfandoque...
¡Triqui, triqui, triqui, trán!...
Mañana cuando duerma la abuela, yerta y muda,
lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están,
del nieto á la memoria, con grave voz que encierra
todo el poema triste de la remota infancia,
pasando por las sombras del tiempo y la distancia,
de aquella voz querida las notas volverán...
...Los de Rique,
Alfeñique...
¡Triqui, triqui, triqui, trán!...
En tanto, en las rodillas cansadas de la abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño,
y entrambos agitados y trémulos están...
La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en el futuro, de angustia y desengaño,
los días ignorados del nieto guardarán...
...Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
Alfandoque;

los de Rique,
Alfeñique ;
Los de Trique
Triquitrán.
¡Triqui, triqui, triqui, trán !



AL PIE DE LA ESTATUA

AL PIE DE LA ESTATUA

A Caracas

Con majestad de semidiós, cansado
por un combate rudo,
y expresión de mortal melancolía
álzase el bronce mudo,
que el combate del tiempo desafía,
sobre el marmóreo pedestal que ostenta
de las libres naciones el escudo
y las batallas formidables cuenta ;
y su perfil severo,
que del sol baña la naciente gloria,
parece dominar desde la altura
el horizonte inmenso de la historia.
Un mundo de nobleza se adivina
en la grave expresión de la escultura
que el triunfador acero á tierra inclina
con noble y melancólica postura ;
y tiene el monumento soberano
alzado de los hombres para ejemplo,
lo triste de una tumba—do no llega
el vocerío del tumulto humano—
y la solemne majestad de un templo.
Amplio jardín florido lo circunda
y se extiende á sus pies, donde la brisa

que entre las flores pasa
con los cálices frescos se perfuma,
y la luz matinal brilla y se irisa
de claros surtidores en la espuma;
y do bajo lo verde
de las tupidas frondas,
sobre la grama de la tierra negra,
loca turba infantil juega y se pierde
y del lugar la soledad alegra
al agitarse en cadenciosas rondas,
forjando con las risas y los gritos
de las húmedas bocas encarnadas,
con las rizosas cabecitas blondas
y las frescas mejillas sonrosadas,
un idilio de vida sonriente
y de alegría fatua,
al pie del pedestal, donde imponente
se alza sobre el cielo transparente
la epopeya de bronce de la estatua.
Nada la escena dice
al que pasa á su lado indiferente
sin que la poetice
en su alma el patrio sentimiento...
Fija
en ella sus miradas el poeta,
con quien conversa el alma de las cosas,
en son que lo fascina;
para quien tienen una voz secreta,
las leves lamas grises y verdosas
que al brotar en la estatua alabastrina
del beso de los siglos son señales,
y á quien narran leyendas misteriosas
las sombras de las viejas catedrales;

y al ver el bronce austero
que sobre el alto pedestal evoca
al héroe invicto de la magna lucha,
una voz misteriosa que lo toca
en lo más hondo de su ser escucha,
y en el amplio jardín detiene el paso.
Dice la voz de la ignorada boca
que en el fondo del alma le habla paso:
« ¡ Oh ! mira el bronce, mira
cuál se alza, en el íntimo reposo
de la materia inerte,
y qué solemne majestad respira
la estatua del coloso
vencedora del tiempo y de la muerte !
Que resuene tu lira
para decir que el viento de los siglos—
que al soplar al través de las edades,
va tornando en pavesas
tronos, imperios, pueblos y ciudades—
se trueca en brisa mansa
cuando su frente pensativa besa !

« En la feraz llanura
vivió feliz el indio, cuya seca
momia, por mano amiga sepultada,
duerme en el fondo de la cripta hueca
ha siglos olvidada.
A la orilla del lago
en donde el agua, cuando el sol se oculta
forja un paisaje tenebroso y vago,
ha siglos vino hispano aventurero
atravesando la maleza inculta
á abrevar el ligero

corcel, cansado del penoso viaje
cuyas recias pisadas despertaron
los dormidos murmullos del follaje !

»¡ Como sombras pasaron !
¿ quién sus nombres conserva en la memoria ?
¡ Cómo escapa, perdido,
de las hondas tinieblas del olvido
un pueblo al veredicto de la historia !
¡ Cuántas generaciones olvidadas,
hoy en las sombras de lo ignoto duermen,
á la fecunda tierra entremezcladas,
do el humus yace, y se dilata el germen
que no dejaron al pasar más huellas,
con sus glorias, sus luchas y sus duelos,
que la que deja el pájaro que cruza
el azul transparente de los cielos !

»¡ Cuántas ! Y en cambio, escucha :
una sola, una sola
generación se engrandeció en la lucha
que redimió á la América española !
Y legó á los poetas del futuro,
más nombres que cantar, más heroísmos
que narrar á las gentes venideras,
que astros guarda el espacio en sus abismos
y conchas tiene el mar en sus riberas !

»Cuenta la grande hazaña
de aquella juventud que decidida
en guerra abierta con la madre España
ofrendó sangre, bienestar y vida ;
canta las rudas épocas guerreras,
de luchas, los potentes paladines

de cuerpos de titán y almas enteras,
que de América esclava, los confines—
desplegadas al aire las banderas,
y al rudo galopar de sus bridones—
recorrieron, llamando á las naciones
con el bélico son de sus clarines.
Y en la oda potente
que en sus estrofas sonorosas cuente
el esfuerzo tenaz, la lidia dura,
que dieron libertad á un continente,
y al hispano dominio sepultura,
haz surgir la figura
del Padre de la Patria, cuyas huellas,
irradian del pasado
en el fondo sombrío,
¡como en las noches plácidas y bellas
Júpiter coronado de centellas,
hace palidecer en el vacío
la lumbre sideral de las estrellas!

»No lo evoque tu acento,
cuando el designio soberano toma
de redimir la América oprimida,
en la hora sublime y taciturna,
en que pronuncia el grave juramento,
do la cesárea Roma,
en la desierta soledad nocturna;
no cuando en el fragor de la batalla,
en sus ojos la idea,
con eléctrico brillo centellea,
mientras que la metralla
y el bronco resonar de los cañones
y el ímpetu del rayo

de los americanos batallones,
pavor y angustia extrema
siembran en los deshechos escuadrones
de los nietos del Cid y de Pelayo;
no cuando la victoria,
como mujer enamorada sigue
el paso audaz de su corcel fogoso
que va á beber del Rímac en las ondas,
y se le entrega loca, y lo persigue;
no cuando brinda opíma
cosecha de placeres soberanos,
á sus sentidos la opulenta Lima,
ni cuando el gran concierto
de un continente, Padre le proclama
y «árbitro de la paz y de la guerra»
y su nombre la Fama
esparce á los confines de la tierra;
no, no lo cantes en las horas buenas
en que, unido á los vítores triunfales,
vibró en su oído el son de las cadenas,
que rompió, de los tiempos coloniales:
cántalo en las derrotas,
en la escena de grave desaliento
en que sus huestes considera rotas
por las hispanas filas,
y perdida la causa sacrosanta,
y una lágrima viene á sus pupilas,
y la voz se le anuda en la garganta,
y recobrando brío
y dominando el cuerpo que estremece
de la fiebre el sutil escalofrío,
grita «Triunfar».
Y la tristeza exalta

de tenebrosa noche de septiembre
cuyos negros recuerdos nos oprimen,
en que la turba su morada asalta,
y femenil amor evita el crimen
infando... Y luego, cuenta
las graves decepciones
que aniquilan su ser; las pequeñeces
de míseras pasiones,
que, por el campo en que soñó abundante
cosecha ver, de sazonadas mieses,
van extendiendo míseras raíces,
en torno—cual la yerba
que el vigor de los gérmenes enerva
y mata, al envolverlos en sus lazos—
de su sueño más grande hecho pedazos.
¡Dí el horror suicida
de la primer contienda fratricida,
en que, perdidos los ensueños grandes
de planes soberanos,
las colosales gradas de los Andes
moja sangre de hermanos!
¡Oh! dí cuando clarea
el misterioso panorama oscuro
que ofrece á sus miradas el futuro,
y con sus ojos de águila sondea
hasta el fin de los tiempos, y adivina
el porvenir de luchas y de horrores
que le aguarda á la América latina.
Dí las melancolías
de sus últimos días
cuando á la orilla de la mar, á solas
sus tristezas profundas acompaña

el tumulto verdoso de las olas;
cuenta sus postrimeras agonías!

»Otros canten el néctar
que su labio libó: dí tu las hieles;
tú que sabes la magia soberana
que tienen las ruinas,
y el placer huyes, y su pompa vana,
y en la tristeza complacerte sueles,
dí en tus versos, con frases peregrinas
la corona de espinas
que colocó la ingratitud humana
en su frente, ceñida de laureles.
Y haz el poema sabio
lleno de misteriosas armonías,
tal, que al decirlo, purifique el labio
como el carbón ardiente de Isaías;
hazlo un grano de incienso
que arda, en desagravio
á su grandeza, que á la tierra asombra,
y al levantarse al cielo un humo denso
trueque en sonrisa blanda
el ceño grave de su augusta sombra!

»Deja que, al conmoverse cada fibra
de tu ser, con las glorias que recuerdas,
en ella vibre un canto, como vibra
una nota melódica en las cuerdas
del teclado sonoro;
la débil voz levanta:
inmensa multitud formará el coro;
¡flota en la luz del sol, estrofa santa!
¡Vibrad, liras sonoras del espíritu!
¡Alzate, inspiración; poeta, canta!...

¡Oh! no, cuanto pudiera
(así en interno diálogo responde),
del poeta la voz, el bronce augusto
sugerir de emoción grave y sincera,
escrito está en la forma
que en clásico decir buscó su norma,
por quien bebió en la vena
de la robusta inspiración latina,
y apartando la arena
tomó el oro más puro de la mina
y lo fundió con cariñoso esmero,
y en estrofas pulidas cual medallas
grabó el perfil del ínclito guerrero...
¡Oh recuerdos de trágicas batallas!
¡Oh recuerdos de luchas y victorias!
No será nuestra enclenque
generación menguada
la que entrar ose al épico palenque
á cantar nuestras glorias!
¡Oh siglo que declinas:
te falta el sentimiento de lo grande!
Calla el poeta, y si la estrofa escande
huye la vasta pompa
y le da blando son de bandolinas
y no tañido de guerrera trompa!
¡Oh sacrosantos manes
de los que «Patria y Libertad» clamando
perecisteis en trágicas palestras
más que orgullo, humillación sentimos
si vamos comparando
nuestras vidas triviales con las vuestras!
Somos como enfermizo descendiente

de alguna fuerte raza,
que expuestos en histórica vitrina
mira el escudo, el yelmo, la tizona
y la férrea coraza
que para combatir de Palestina
en la distante zona,
en la Cruzada se ciñó el abuelo,
al pensar, baja la mirada al suelo,
con vergüenza sombría,
que si el arnés pesado revistiera
de aquel cuya firmeza y bizarría
en el campo feral causaba asombros,
bajo su grave peso cedería
la escasa resistencia de sus hombros...
¡Oh Padre de la Patria!
te sobran nuestros cantos; tu memoria
cual bajel poderoso,
irá surcando el oceano oscuro
que ante su dura quilla abre la historia
y llegará á las playas del futuro.
Junto á lo perdurable de tu gloria,
es el rítmico acento
de los que te cantamos,
cual los débiles gritos de contento
que lanzan esos niños, cuando en torno
giran del monumento;
mañana, tras la vida borrascosa
dormirán en la tumba, hechos ceniza,
y aun alzará á los cielos su contorno
el bronce que tu gloria inmortaliza.

—

Dice el poeta, y tiende la mirada
por el amplio jardín, donde la brisa
que entre las flores pasa,
en los cálices frescos se perfuma,
y la luz matinal brilla y se irisa
de claros surtidores en la espuma;
y do bajo lo verde,
de las tupidas frondas,
sobre la grama de la tierra negra,
loca turba infantil grita y se pierde
y la tristeza del lugar alegra
al agitarse en cadenciosas rondas,
forjando con las risas y los gritos
de las húmedas bocas encarnadas,
con las rizosas cabecitas blondas
y las frescas mejillas sonrosadas,
un idilio de vida sonriente
y de alegría fatua
al pie del pedestal, donde imponente
se alza sobre el cielo transparente
la epopeya de bronce de la estatua.



PRIMERA COMUNIÓN

TODO en esos momentos respiraba
una pureza mística ;
las luces matinales que alumbraban
la ignorada capilla,
los cantos religiosos que pausados
hasta el cielo subían,
el aroma suave del incienso
al perderse en espiras,
las voces ulteriores de otro mundo
sonoras y tranquilas,
los dulces niños colocados junto
al altar de rodillas
y hasta los viejos santos en los lienzos
de oscura vaga tinta,
bajo el polvo de siglos que los cubre
mudos se sonreían.

PÁGINAS SUYAS

RISA Y LLANTO

JUNTOS los dos reímos cierto día...
¡ay, y reímos tanto
que toda aquella risa bulliciosa
se tornó pronto en llanto!

¡Después, juntos los dos, alguna noche
lloramos mucho, tanto,
que quedó como huella de las lágrimas
un misterioso encanto!

Nacen hondos suspiros, de la orgía
entre las copas cálidas,
y en el agua salobre de los mares
se forjan perlas pálidas.



NOCTURNOS

I

POETA ! di paso
los furtivos besos !...
¡La sombra ! ¡Los recuerdos ! La luna no vertía
allí ni un solo rayo... Temblabas y eras mía.
Temblabas y eras mía bajo el follaje espeso;
una errante luciérnaga alumbró nuestro beso,
el contacto furtivo de tus labios de seda...
La selva negra y mística fué cámara sombría;
en aquel sitio el musgo tiene olor de reseda...
Filtró luz por las ramas cual si llegara el día;
entre las nieblas pálidas la luna aparecía...

Poeta ! di paso
los íntimos besos !
¡Ah ! de las noches dulces me acuerdo todavía.
En severo retrete, do la tapicería
amortiguaba el ruido con sus hilos espesos,
rendida tú á mis súplicas, fueron míos tus besos;
tu cuerpo de veinte años entre la roja seda,
tus cabellos dorados y tu melancolía,
tus frescuras de niña y tu olor de reseda...
Apenas alumbraba la lámpara sombría
los desteñidos hilos de la tapicería...
Poeta ! di paso
el último beso !
¡Ah, de la noche trágica me acuerdo todavía !

¡El ataúd heráldico en el salón yacía;
mi oído fatigado por vigilias y excesos,
sintió como á distancia los monótonos rezos!
Tú, mustia, yerta y pálida entre la negra seda...
La llama de los cirios temblaba y se movía;
perfumaba la atmósfera un olor de reseda;
un crucifijo pálido los brazos extendía,
¡y estaba helada y cárdena tu boca que fué mía!

II

A veces, cuando en alta noche tranquila,
sobre las teclas vuela tu mano blanca,
como una mariposa sobre una lila
y al teclado sonoro notas arranca,
cruzando del espacio la negra sombra
filtran por la ventana rayos de luna,
que trazan luces largas sobre la alfombra;
y en alas de las notas á otros lugares
vuelan mis pensamientos, cruzan los mares,
y en gótico castillo donde en las piedras
musgosas por los siglos, crecen las hiedras,
puestos de codos ambos en la ventana
miramos en las sombras morir el día
y subir de los valles la noche umbría;
y soy tu paje rubio, mi castellana,
y cuando en los espacios la noche cierra,
el fuego de tu estancia los muebles dora,
y los dos nos miramos y sonreímos
¡mientras que el viento afuera suspira y llora!

. . . .

¡Cómo tendéis las alas, ensueños vanos,
cuando sobre las teclas vuelan sus manos!

III

*

Una noche,
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de
[músicas de alas;
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciér-
[nagas fantásticas,
á mi lado lentamente, contra mí ceñida toda, muda y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura
caminabas;
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su
[luz blanca;
y tu sombra,
fina y lánguida,
y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban,
y eran una,
y eran una,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga...

* *

Esta noche
solo; el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,

separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la dis-
[tancia,
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba...
Y se oían los ladridos de los perros á la luna,
á la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas...
Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortuorias sábanas.
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.
Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes, y de
[músicas de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las som-
[bras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas
[y de lágrimas!...



IV

OH dulce niña pálida, que como un montón de oro
de tu inocencia cándida conservas el tesoro;
á quien los más audaces, en locos devaneos
jamás se han acercado con carnales deseos;
tú, que adivinar dejas inocencias extrañas
en tus ojos velados por sedosas pestañas,
y en cuyos dulces labios—abiertos solo al rezo—
jamás se habrá posado ni la sombra de un beso...
Dime quedo, en secreto, al oído, muy paso,
con esa voz que tiene suavidades de raso:
si entrevieras en sueños á aquel con quien te sueñas
tras las horas de baile rápidas y risueñas,
y sintieras sus labios anidarse en tu boca
y recorrer tu cuerpo, y en su lascivia loca
besar todos sus pliegues de tibio aroma llenos
y las rígidas puntas rosadas de tus senos;
si en los locos, ardientes y profundos abrazos
agonizar soñaras de placer en sus brazos,
por aquel de quien eres todas las alegrías,
¡oh dulce niña pálida! dí, ¿te resistirías?...




66

SITIOS

OBRA HUMANA

En lo profundo de la selva añosa,
donde una noche, al comenzar de Mayo,
tocó en la vieja enredadera hojosa
de la pálida luna el primer rayo,

pocos meses después la luz de aurora,
del gas en la estación, iluminaba
el paso de la audaz locomora,
que en el carril durísimo cruzaba.

Y en donde fuera en otro tiempo el nido,
albergue muelle del alado enjambre,
pasó por el espacio un escondido
telegrama de amor por el alambre.





ARS

El verso es vaso santo; poned en él tan sólo
un pensamiento puro,
en cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes
como burbujas de oro de un viejo vino oscuro.

Allí verted las flores que en la continua lucha
ajó del mundo frío,
recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven,
y nardos empapados en gotas de rocío.

Para que la existencia mísera se embalsame
cual de una ciencia ignota,
quemándose en el fuego del alma enternecida
de aquel supremo bálsamo, ¡basta una sola gota!





VEJECES

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
sin voz y sin color, saben secretos
de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria,—
y á veces á los hombres cuando inquietos
las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizante dicen, paso,
casi al oído, alguna rara historia
que tiene oscuridad de telarañas,
son de laúd, y suavidad de raso.

¡Colores de anticuada miniatura,
hoy, de algún mueble en el cajón dormida—
cincelado puñal, carta borrosa,—
tabla en que se deshace la pintura
por el tiempo y el polvo ennegrecida,—
histórico blasón, donde se pierde
la divisa latina, presuntuosa,
medio borrada por el liquen verde,—
misales de las viejas sacristías,
de otros siglos fantásticos espejos
que en el azogue de las lunas frías
guardáis de lo pasado los reflejos;
arca, en un tiempo de ducados llena,—

crucifijo que tanto moribundo
humedeció con lágrimas de pena
y besó con amor grave y profundo;
negro sillón de Córdoba, alacena
que guardaba un tesoro peregrino
y donde anida la polilla, sola,—
sortija que adornaste el dedo fino
de algún hidalgo de espadín y gola,—
mayúsculas del viejo pergamino,—
batista tenue que á vainilla hueles,—
seda que te deshaces en la trama
confusa de los ricos brocateles,—
arpa olvidada que al sonar, te quejas;—
barrotes que formáis un monograma
incomprensible en las antiguas rejas,—
¡el vulgo os huye, el soñador os ama,
y en vuestra muda sociedad reclama
las confidencias de las cosas viejas!

El pasado perfuma los ensueños
con esencias fantásticas y añejas,
y nos lleva á lugares halagüeños
en épocas distantes y mejores;—
¡por eso á los poetas soñadores,
les son dulces, gratísimas y caras,
las crónicas, historias y consejas,
las formas, los estilos, los colores,
las sugestiones místicas y raras
y los perfumes de las cosas viejas!

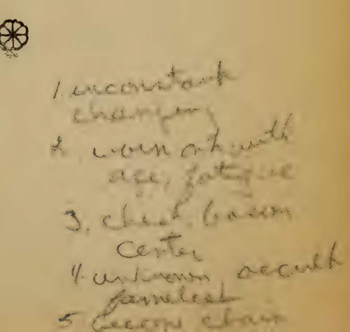


RESURRECCIONES

Como naturaleza,
cuna y sepulcro eterno de las cosas,
el alma humana tiene ocultas fuerzas,
silencio, luces, músicas y sombras;

sobre una eterna esencia
pasos instables de caducas formas
y senos ignorados
do la vida y la muerte se eslabonan.

Nacen follajes húmedos
de cuerpos descompuestos en las fosas,
adoraciones nuevas
de los altares en las aras rotas.



MARIPOSAS

En tu aposento tienes,
en urna frágil,
clavadas mariposas
que, si brillante
rayo de sol las toca,
parecen nácares
ó pedazos de cielo,
cielos de tarde,
ó brillos opalinos
de alas suaves;
y allí están las azules
hijas del aire
fijas ya para siempre,
las alas ágiles,
las alas, peregrinas
de ignotos valles
que como los deseos
de tu alma amante
á la aurora parecen
resucitarse,
cuando de tus ventanas
las hojas abres
y da el sol en tus ojos
y en los cristales.

NUPCIAL

Como una flor rosada, la novia bajo el diáfano
cendal que al pelo rubio sujeta la corona,
frente al altar solemne y entre el incienso místico
á las delicias íntimas de un sueño se abandona
y al novio que la mira no puede sonreir,

¡y la esperanza
de besos puros,
que á los futuros
días, la avanza
y la hace huir
á las fantásticas
horas cercanas,
vibra en las músicas
de las campanas!

Entre las copas frágiles expira la champaña,
en la enervante atmósfera flota un olor de fiesta,
el vals ondula y bulle, y agítanse las útimas
parejas á los sones lejanos de la orquesta,
el nupcial cortejo se aleja y va á partir.

¡Y la importuna
melancolía
del muerto día

que hace la luna
lenta surgir
del cielo pálido
por los confines,
vibra en las músicas
de los violines!



... ? ...

Estrellas que entre lo sombrío
de lo ignorado y de lo inmenso,
asemejáis en el vacío
jirones pálidos de incienso;
nebulosas que ardéis tan lejos
en el infinito que aterra,
que sólo alcanzan los reflejos
de vuestra luz hasta la tierra;
astros que en abismos ignotos
derramáis resplandores vagos,
constelaciones que en remotos
tiempos adoraron los magos;
millones de mundos lejanos,
flores de fantástico broche,
islas claras en los océanos
sin fin ni fondo de la noche;
¡estrellas, luces pensativas!
¡Estrellas, pupilas inciertas!
¿Por qué os calláis si estáis vivas,
y por qué alumbráis si estáis muertas?

SERENATA

La calle está desierta; la noche fría;
velada por las nubes pasa la luna;
arriba está cerrada la celosía,
y las notas vibrantes, una por una,
suenan cuando los dedos fuertes y ágiles,
mientras la voz que canta, ternuras narra,
hacen que vibren las cuerdas frágiles
de la guitarra

La calle está desierta; la noche fría;
una nube borrosa tapó la luna;
arriba está cerrada la celosía
y se apagan las notas una por una.
Tal vez la serenata con su ruído
busca un alma de niña que ama y espera,
como buscan alares donde hacer nido
las golondrinas pardas de primavera.

La calle está desierta; la noche fría;
en un espacio claro brilló la luna;
arriba ya está abierta la celosía
y se apagan las notas una por una.
El cantor con los dedos fuertes y ágiles,
de la vieja ventana se asió á la barra
y dan como un gemido las cuerdas frágiles
de la guitarra.

TALLER MODERNO

Por el aire del cuarto, saturado
de un olor de vejeces peregrino,
del crepúsculo el rayo vespertino
va á desteñir los muebles de brocado.

El piano está del caballete al lado
y de un busto del Dante el perfil fino.
Del arabesco azul de un jarrón chino
medio oculta el dibujo complicado.

Junto al rojizo orín de una armadura,
hay un viejo retablo, donde inquieta
brilla la luz del marco en la moldura.

Y parecen clamar por un poeta
que improvise del cuarto la pintura
las manchas del color de la paleta

UN POEMA

SOÑABA en ese entonces en forjar un poema,
de arte nervioso y nuevo, obra audaz y suprema.
Escogí entre un asunto grotesco y otro trágico,
llamé á todos los ritmos con un conjuro mágico,

y los ritmos indóciles vinieron acercándose,
juntándose en las sombras, huyéndose y buscándose

ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves,
unos cual choque de armas, otros cual canto de aves;

de Oriente hasta Occidente, desde el Sur hasta el Norte
de metros y de formas se presentó la corte.

Tascando frenos áureos bajo las riendas frágiles
cruzaron los tercetos, como corceles ágiles;

abriéndose ancho paso por entre aquella grey,
vestido de oro y púrpura llegó el soneto rey,

y allí cantaron todos... Entre la algarabía
me fascinó el espíritu por su coquetería,

alguna estrofa aguda, que excitó mi deseo,
con el retintín claro de su campanilleo.

Y la escogí entre todas... Por regalo nupcial
le di unas rimas ricas, de plata y de cristal.

En ella conté un cuento, que huyendo lo servil,
tomó un carácter trágico, fantástico y sutil;

era la historia triste, desprestigiada y cierta
de una mujer hermosa, idolatrada y muerta;

y para que sintieran la amargura, exprofeso,
junté sílabas dulces, como el sabor de un beso,

bordé las frases de oro, les dí música extraña,
como de mandolinas que un laúd acompaña;

dejé en una luz vaga las hondas lejanías
llenas de nieblas húmedas y de melancolías,

y por el fondo oscuro, como en mundana fiesta,
cruzan ágiles máscaras al compás de la orquesta,

envueltas en palabras que ocultan como un velo,
y con caretas negras de raso y terciopelo;

cruzar hice en el fondo las vagas sugestiones...
de sentimientos místicos y humanas tentaciones...

Complacido en mis versos, con orgullo de artista,
les dí olor de heliotropos y color de amatista...

Le mostré mi poema á un crítico estupendo...
y lo leyó seis veces, y me dijo... ¡No entiendo!



MIDNIGHT DREAMS

Anoche, cuando solo y ya medio dormido,
mis sueños de otras épocas se me han aparecido.

Los sueños de esperanzas, de glorias, de alegrías
y de felicidades, que nunca han sido mías,

se fueron acercando en lentas procesiones
y de la alcoba oscura poblaron los rincones.

Hubo un silencio grave en todo el aposento
y en el reloj la péndola detúvose un momento.

La fragancia indecisa de un olor olvidado
llegó como un fantasma y me habló del pasado.

Ví caras que la tumba desde hace tiempo esconde,
y oí voces oídas ya no recuerdo dónde.

. . . .

¡Los sueños se acercaron y me vieron dormido;
se fueron alejando sin hacerme ruïdo
y sin pisar los hilos sedosos de la alfombra,
fueron deshaciéndose y hundiéndose en la sombra!



NOTAS PERDIDAS

Bajad á la pobre niña,
bajadla con mano trémula
y con cuidadoso esmero
entre la fosa ponedla,
y arrojad sobre su tumba
fríos puñados de tierra!
¡Aun sobre sus labios rojos
la sonrisa postrimera,
tan joven y tan hermosa,
y descansa helada, yerta,
y está marchito el tesoro
de su dulce adolescencia!

¡Bajad á la pobre niña
bajadla con mano trémula
y con cuidadoso esmero
entre la fosa ponedla,
y arrojad sobre su tumba
fríos puñados de tierra!

*
* *

¡Cavad ahora otra fosa,
cavadla con mano trémula,
de la sonriente niña

del triste sepulcro cerca,
para que lejos del mundo
su sueño postrero duerman
mis recuerdos de cariño
y mis memorias más tiernas!
¡Bajadlos desde mi alma,
bajadlos con mano trémula
y arrojad sobre su fosa
fríos puñados de tierra!...



ORACIÓN

EN el aposento estrecho,
en la blanca pared fijo,
tiene muy cerca del lecho
donde duerme, un crucifijo
que, como á dulces abrazos
llamando al ánima vil,
tiende los rígidos brazos
sobre una cruz de marfil.
Y de espinas coronada
dobla la cabeza inerte,
de noble expresión, helada
por el beso de la muerte.
En este sitio, amorosa
la oración de ritmo breve
va de sus brazos de rosa
hacia los brazos de nieve.

LA VOZ DE LAS COSAS

Si os encerrara yo en mis estrofas
frágiles cosas que sonreís,
pálido lirio que te deshojas,
rayo de luna sobre el tapiz
de húmedas flores, y verdes hojas
que al tibio soplo de Mayo abrís;
¡si os encerrara yo en mis estrofas,
pálidas cosas que sonreís!

Si aprisionaros pudiera el verso
fantasmas grises, cuando pasáis,
móviles formas del Universo,
sueños confusos, seres que os vais,
ósculo triste, suave y perverso
que entre las sombras al alma dais;
¡si aprisionaros pudiera el verso
fantasmas grises, cuando pasáis!

ESTRELLAS FIJAS

Cuando ya de la vida
el alma tenga, con el cuerpo rota,
y duerma en el sepulcro
esa noche más larga que las otras,

mis ojos, que en recuerdo
del infinito eterno de las cosas,
guardaron sólo, como de un ensueño,
la tibia luz de tus miradas hondas,

al ir descomponiéndose
entre la obscura fosa,
verán, en lo ignorado de la muerte,
tus ojos... destacándose en la sombra.



PAISAJE TROPICAL

MAGIA adormecedora vierte el río
en la calma monótona del viaje,
cuando borra los lejos del paisaje
la sombra que se extiende en el vacío.

Oculta en sus negruras al bohío
la maraña tupida, y el follaje
semeja los calados de un encaje
al caer del crepúsculo sombrío.

Venus se enciende en el espacio puro.
La corriente dormida, una piragua
rompe en su viaje rápido y seguro,

y con sus nubes el poniente fragua
otro cielo rosado y verde-oscuro
en los espejos húmedos del agua.



SUS DOS MESAS

DE SOLTERA

En los tallados frascos guardados los olores
de las esencias diáfanas, dignas de alguna hurí
un vaso raro y frágil do expiran unas flores,
el iris de un diamante, la sangre de un rubí
cuyas facetas tiemblan con vivos resplandores
entre el lujoso estuche de seda carmesí,
y frente del espejo la epístola de amores
que al irse para el baile dejó olvidada allí...

DE CASADA

Un biberón que guarda mezcladas dos terceras
partes de leche hervida y una de agua de cal,
la vela que reclama las despaviladeras
desde la palmatoria verdosa de metal;
en rotulado frasco, cerca de las tijeras,
doscientos gramos de una loción medicinal,
un libro de oraciones, dos cucharas dulceras,
un reverbero viejo y un chupo y un pañal.

LA VENTANA

(Oh temps evanouis! Oh splendeurs eclipsées.
Oh soleils descendus derrière l'horizon!
VÍCTOR HUGO).

Al frente de un balcón, blanco y dorado,
obra de nuestro siglo diez y nueve...
hay en la estrecha calle una muy vieja
ventana colonial. Bendita rama
adorna la gran reja
de barrotes de hierro colosales,
que tiene en lo más alto un monograma
hecho de incomprensibles iniciales.

A la lumbre postrera
del sol en Occidente, ¿quién no espera
mirar allí, sombría,
medio perdida en la rizada gola,
la cabeza severa
de algún oidor, ó los oscuros ojos
de una dama española
de nacarada tez y labios rojos,
que al venir de la hermosa Andalucía
á la colonia nueva
el germen de letal melancolía
por el recuerdo de la patria lleva?

¡Pero no, ni las sombras le han quedado
de los que vió perderse en el pasado!;

loca turba infantil la invade ahora;
uno ríe, otro llora.
A la palma bendita
la niña arranca retejida rama,
y mientras uno al compañero llama
con incansable afán, el otro grita.

No guarda su memoria
de la ventana la vetusta historia,
y sólo en ella fija
la atención el poeta,
para quien tienen una voz secreta
los líquenes grisosos
que al nacer en la estatua alabastrina,
del beso de los siglos son señales,
y á quien narran poemas misteriosos
las sombras de las viejas catedrales.
Hoy hace más de un siglo, ha muchos años,
ella escuchó la cántiga española
que tristes desengaños
ó desventuras amorosas narra
de la alta noche en la quietud serena,
acompañada en la gentil guitarra
por noble caballero,
á quien tornara con la estrofa grata
el recuerdo de alegre serenata
dada en la aristocrática Sevilla,
cabe el Guadalquivir, do en claras noches
la calada Giralda se retrata
y la luz de la luna limpia brilla.

La brisa, dulce y leve
como las vagas formas del deseo,
llevó al pasar por los barrotes duros

en las risueñas fiestas de himeneo;
aroma de azahares y de lirios
juramentos de amor, santos y puros;
de mortuorios cirios
el triste olor, las plácidas historias
con que la noble abuela
á rubio nieto adormeció en la cuna,
y la oración que hacia los cielos vuela
suave como los rayos de la luna.
Inútil, allí, á solas
ella miró pasar generaciones
como pasan, con raudo movimiento,
sobre la playa las marinas olas,
en la sombra los coros de visiones
y las aristas leves en el viento;
¡y ora mira la turba de los niños
de risueñas mejillas sonrosadas,
que al asomar tras de la fuerte reja
sonriente semeja
un ramo de camelias encarnadas!

¡Ay! todo pasará,—niñez risueña,
juventud sonriente,
edad viril que en el futuro sueña,
vejez llena de afán...
. . . .
. . . . Tal vez mañana
cuando de aquellos niños queden sólo
las ignotas y viejas sepulturas,
aun tenga el mismo sitio la ventana.



LAS GOLONDRINAS

(De P. J. Beranger)

En la ribera del Maure,
encorvado por los hierros
de la prisión, tristemente,
así cantaba un guerrero:
«Os vuelvo á ver, pajarillos
que dais al invierno el ala,
golondrinas portadoras
de piadosas esperanzas
que venís á estos desiertos
desde mi risueña Francia;
¿no os detendréis por un instante breve
á contarme algo de mi hermosa patria?

»¿Cerca de donde nací,
en el alar de mi choza,
entre blando y tibio nido
nació alguna de vosotras?
¿De una madre desdichada
que hacia la tumba camina,
que á cada momento espera
oir, como antes oía,
el ruido de mis pasos,
y sin oirlo agoniza,

de su amor, de su pena, de sus lágrimas,
no me habláis, pasajeras golodrinas?

»Ha tres años que os conjuro
á traerme algún recuerdo
de mi valle en que soñaba
con un porvenir risueño;
del arroyo transparente
en la encantadora orilla
en donde crecen frondosas
como en guirnaldas, las tilas,
en un tranquilo rodeo
¿habéis visto mi casita?
¿Del valle idolatrado de mi infancia
no me habláis, pasajeras golodrinas?

»Decidme, ¿casó mi hermana?
¿Visteis los alegres jóvenes
de nuestro pueblo, en las nupcias
celebrarla en sus canciones?
¿Volvieron á nuestra aldea
los que entraron en la liza,
y me siguieron valientes
cuando en batalla reñida
me lanzaba presuroso
á las lanzas enemigas?
¿De los caros amigos de la infancia
no me habláis, pasajeras golodrinas?

»Sobre sus cuerpos tal vez
el enemigo cobarde
toma de nuevo el camino
que conduce á nuestro valle,
y mientras manda cual dueño

en mi tranquila cabaña
é interrumpe el venturoso
himeneo de mi hermana,
rodeado estoy de hierros
sin quien por mí vierta lágrimas.
¡Golondrinas, errantes golodrinas!
¿no me habláis de los males de la patria?»



REALIDAD

NATURALEZA es una dondequiera—
en Japón ó en Gonesa,—las distancias
suprime y son lo mismo Triptólemo
y Dombasle, la toga y las enaguas.

Lavalliere con su Luis, entre la regia
carroza blasonada,
es tan feroz cual la chipriota Venus
en el capullo de la concha blanca.

¡Oh mis hijos! ¡Oh hermanos! ¡Oh poetas!
decid si existe el hecho, la palabra.
Sed espíritus puros, y haced siempre,
no hay nada bajo para nobles almas.

En Poestum se convierte en hipo triste
la risa de Sileno, á Príapo canta
Horacio y cruza Bottom, el grotesco,
del Shakespeare por el drama.

¡No tiene la verdad límites, hijo!
Del gran Pan, dios bestial, la hirsuta barba
y los cuernos torcidos se columbran
del ideal tras de la frente pálida.

CENIZAS

LAZARO

VEN, Lázaro !—gritóle
el Salvador, y del sepulcro negro
ensayó caminar, á pasos trémulos,
el cadáver alzóse entre el sudario,
alzó, palpó, miró, sintió, dió un grito
y lloró de contento.

Cuatro lunas más tarde, entre las sombras
del lugar y la hora entre las tumbas
de antiguo cementerio
Lázaro estaba, sollozando á solas
y envidiando á los muertos.



LUZ DE LUNA

Ella estaba con él... A su frente
pensativa y pálida,
penetrando al través de las rejas
de antigua ventana,
de la luna naciente venían
los rayos de plata.
El estaba á sus pies de rodillas,
perdido en las vagas
visiones que cruzan en horas felices
los cielos del alma.
Con las trémulas manos asidas,
con el mudo fervor de los que aman,
palpitando en los labios los besos,
entrambos hablaban
el lenguaje mudo,
sin voz ni palabras,
que en momentos de dicha suprema
tembloroso el espíritu habla...

. . . .

El silencio que crece... la brisa
que besa las ramas,
dos seres que tiemblan, la luz de la luna
que el paisaje baña...

¡Amor, un instante detén allí el vuelo,
murmura tus himnos de triunfo, y recoge las alas!

. . . .

Unos meses después, él dormía
bajo de una lápida
el último sueño de que nadie vuelve,
el último sueño de paz y de calma.
Anoche, una fiesta
con su grato bullicio animaba
de ese amor el tranquilo escenario.
¡Oh burbujas del rubio champaña!
¡Oh perfume de flores abiertas!
¡Oh girar de desnudas espaldas!
¡Oh cadencias del valse que mueve
torbellinos de tules y gasas!
Allí estuvo, más linda que nunca,
por el baile tal vez agitada;
se apoyó levemente en mi brazo,
dejamos las salas,
y un instante después penetramos
en la misma estancia
que un año antes no más la había visto
temblando, callada,
cerca de él. . . .
. . . Amorosos recuerdos,
tristezas lejanas,
cariñosas memorias que vibran
cual sones de arpa,
tristezas profundas
del amor, que en sollozos estallan,
presión de sus manos,

son de sus palabras,
calor de sus besos,

. . . .

¿por qué no volvisteis á su alma?
A su pecho no vino un suspiro,
á sus ojos no vino una lágrima,
ni una nube nubló aquella frente
pensativa y pálida,
y mirando los rayos de luna
que al través de la reja llegaban,
murmuró con su voz donde vibran,
como notas y cantos y músicas de campanas vibrantes de [plata:
¡Qué valses tan lindos!
¡Qué noche tan clara!



MUERTOS

En los húmedos bosques, en Otoño,
al llegar de los fríos, cuando rojas
vuelan sobre los musgos y las ramas
en torbellinos las marchitas hojas,
la niebla al extenderse en el vacío
le da al paisaje mustio un tono incierto,
y el follaje do huyó la savia ardiente
tiene un adiós para el Verano muerto,
¡y un color opaco y triste
como el recuerdo borroso
de lo que fué y ya no existe!

En los antiguos cuartos hay armarios
que en el rincón más íntimo y discreto,
de pasadas locuras y pasiones
guardan, con un aroma de secreto,
viejas cartas de amor, ya desteñidas,
que obligan á evocar tiempos mejores,
y ramilletes negros y marchitos,
que son como cadáveres de flores,
¡y un color opaco y triste
como el recuerdo borroso
de lo que fué y ya no existe!

Y en las almas amantes, cuando piensan
en perdidos afectos y ternuras,

que de la soledad de ignotos días
no vendrán á endulzar horas futuras,
hay el hondo cansancio que en la lucha
acaba de matar á los heridos,
vago como el color del bosque mustio,
como el olor de los perfumes idos,
¡y el cansancio aquel es triste
como un recuerdo borroso
de lo que fué y ya no existe!



TRISTE

Cuando al quererlo la suerte
se mezclan á nuestras vidas
de la ausencia ó de la muerte
las penas desconocidas,

y, envueltas en el misterio
van, con rapidez que asombra,
amigos al cementerio,
ilusiones á la sombra,

la intensa voz de ternura
que vibra en el alma amante,
como entre la noche oscura
una campana distante,

saca recuerdos perdidos
de angustias y desengaños
que tienen ocultos ruidos,
en las ruinas de los años,

y que al cruzar aleteando
por el espacio sombrío,
van en el ser derramando
sueños de angustia y de frío,

hasta que alguna lejana

idea consoladora,
que irradia en el alma humana
como con lumbre de aurora,

en su lenguaje difuso
entabla con nuestros duelos
el gran diálogo confuso
de las tumbas y los cielos



PSICOPATÍA

EL parque se despierta, ríe y canta
en la frescura matinal... La niebla,
donde saltan aéreos surtidores,
de arco iris se puebla
y en luminosos vuelos se levanta.
Su olor esparcen entreabiertas flores—
suena en las ramas verdes el pío, pío
de alados huéspedes cantores,—
brilla en el césped húmedo rocío...
¡Azul el cielo! ¡Azul!... Y la suäve
brisa que pasa, dice:
¡Reid! ¡Cantad! ¡Amad! ¡La vida es fiesta,
es calor, es pasión, es movimiento!
Y forjando en las ramas una orquesta,
con voz grave lo mismo dice el viento,
y por entre el sutil encantamiento
de la mañana sonrosada y fresca,
de la luz, de las yerbas y las flores,
pálido, descuidado, soñoliento,
sin tener en la boca una sonrisa,
y de negro vestido
un filósofo joven se pasea,
olvida luz y olor primaverales,
é impertérrito sigue en su tarea

de pensar en la muerte, en la conciencia
y en las causas finales!
Lo sacuden las ramas de azalea,
dándole al aire el aromado aliento
de las rosadas flores,—
lo llaman unos pájaros, del nido
do cantan sus amores,
y los cantos risueños
van, por entre el follaje estremecido,
á suscitar voluptuosos sueños,
y él sigue su camino, triste, serio,
pensando en Fitche, en Kant, en Vogt, en Hegel,
y del *yo* complicado en el misterio...

La chicuela del médico que pasa,
una rubia adorable, cuyos ojos
arden como una brasa,
abre los labios húmedos y rojos,
y le pregunta al padre, enternecida:
—Aquel señor, papá, ¿de qué está enfermo,
qué tristeza le anubla así la vida?
Cuando va á casa á verle á usted, me duermo;
tan silencioso y triste... ¿Qué mal sufre?...
...Una sonrisa del profesor contiene,
mira luego una flor, color de azufre,
oye el canto de un pájaro que viene,
y comienza de pronto, con descaro:
—Ese señor padece un mal muy raro,
que ataca rara vez á las mujeres
y pocas á los hombres... ¡hija mía!
Sufre este mal: *pensar*... esa es la causa
de su grave y sutil melancolía...
El profesor después hace una pausa,

y sigue :—En las edades
de bárbaras naciones,
serias autoridades
curaban este mal dando cicuta,
encerrando al enfermo en las prisiones,
ó quemándolo vivo... ¡Buen remedio!
Curación decisiva y absoluta
que cortaba de lleno la disputa
y sanaba al paciente... mira el medio...
la profilaxia, en fin... antes ; ahora
el mal reviste tantas formas graves,
la invasión se dilata aterradora
y no lo curan polvos ni jarabes ;
en vez de prevenirlo los gobiernos
lo riegan y estimulan ;
tomos gruesos, revistas y cuadernos
y dispersan el germen homicida...
El mal, gracias á Dios, no es contagioso,
y lo adquieren muy pocos ; en mi vida
sólo he curado á dos. Les dije :
—Mozo,
váyase usted á trabajar de lleno,
en una fragua negra y encendida,
ó en un bosque espesísimo y sereno ;
machaque hierro, hasta arrancarle chispas,
ó tumbe viejos troncos seculares
y logre que lo piquen las avispas,—
si lo prefiere usted cruce los mares
de grumete en un buque, duerma, coma,
muévase, grite, forcejee y sude,
mire la tempestad cuando se asoma,
y los cables de popa ate y anude
hasta hacerse diez callos en las manos

y limpiarse de ideas el cerebro...
Ellos lo hicieron y volvieron sanos...
—Estoy tan bien, doctor...—¡Pues lo celebro!—
Pero el joven aquel es caso grave
como conozco pocos,—
más que cuantos nacieron piensa y sabe;
irá á pasar diez años con los locos,
¡y no se curará hasta el día
en que duerma á sus anchas
en una angosta sepultura fría,
lejos del mundo y de la vida loca,
entre un negro ataúd de cuatro planchas,
con un montón de tierra entre la boca!



DON JUAN DE COVADONGA

DON Juan de Covadonga, un calavera
sin Dios, ni rey, ni ley, y cuyo hermano
Hernando el mayor, era,
después de haber llevado airada vida,
Prior de cierto convento en Talavera;
Don Juan el poderoso, el cortesano,
Grande de España y seductor de oficio,
el hombre en cuya mano
tuvo grandeza excepcional el vicio,
después de amar, de odiar, de lograr todo
cuanto es posible é imposible, un día
sintió el cansancio de la vida, el lodo
de cuantos goces le ofreció la suerte,
y mezcló á su tenaz melancolía
el ansia de consuelos superiores;
pensó en Dios, pensó en Dios, pensó en la muerte,
pensó en la eternidad, y desprendido
del lujo, del amor, de los honores,
escribió á la duquesa de Vilorte
diciéndole un adiós definitivo;
arregló todo, abandonó la Corte,
y sin un escudero, al paso vivo
huyendo del pasado, fugitivo

de su yegua andaluza, macilento,
por ignorada vía,
llegó á la portería
silenciosa y oscura del convento.
—¿Nuestro Padre Prior?—preguntó al lego.
—En oración, hermano.
—Por la vida
lo llamará vuesamerced...—Ahora
es imposible, hermano... Vuelva luego,
es imposible ahora... Extasis santo,
cuando reza lo embarga.—Mas le ruego...
Yo estoy aquí perdiéndome entretanto;
siento la angustia del infierno, el fuego...
—Sírvase entrar al locutorio...—Vanos
placeres, del Señor sonó la hora,
don Juan dijo al entrar: ¡mundo, hasta luego!
Y por fin se encontraron los hermanos...

*

Don Juan perdido, en crápulas y excesos
temblándole las manos,
con el aire de un pobre arrepentido
y la boca marchita por los besos,
y Hernando, el Prior, brillándole en los ojos
un fuego juvenil siempre encendido,
y süaves y rojos
los labios por las santas oraciones
y el olvido del mundo y las pasiones.

*

—¿Orando tú?...—le dijo
don Juan con voz monótona y cansada.
—Lejos de todo, en la quietud suprema

de la vida del claustro, cuando fijo
temblando una mirada
en el abismo actual de mi miseria,
sueño también en el retiro.—¿Cómo,
interrumpió el Prior—la cosa es seria?
¿Te arruinaste por fin? La de Vilorte,
la archiduquesa de cabellos rubios...
La dama más hermosa de la Corte,
la rival de la Reina en el donaire
aun de sus besos guardas los efluvios...
¿Qué pasa por allá?... ¡Si traes un aire!
Oye, Juan; mira, hermano: aquí en la triste
vida conventual, todo reviste
un aspecto satánico; mis horas
tienen angustias indecibles; mira,
un enjambre de formas tentadoras
entre mi celda por la noche gira
y huye... De la oración con los empeños
la disipo por fin... Ansío el oro,
suenan choques de armas en mis sueños,
flota un rumor de besos en el coro,
y es mi vida una lucha prolongada
de rudos sacrificios
en que domo la carne alborotada,
con ayunos y rezos y cilicios...
¡Y yo llegué al convento; pobre loco,
soñando al fin en descansar un poco
y en ansiedades místicas perdido!
Pero díme, ¿á qué vienes?
—Yo... por verte.
—dijo don Juan,—por verte á toda prisa
y por darte noticia de la muerte
de don Sancho de Téllez; tú, mi santo,

por su eterno descanso dí una misa.
Y al salir por el negro camposanto,
en que el convento oscuro se prolonga
ansiando la quietud de los que fueron,
por la primera vez se humedecieron
los ojos de don Juan de Covadonga.



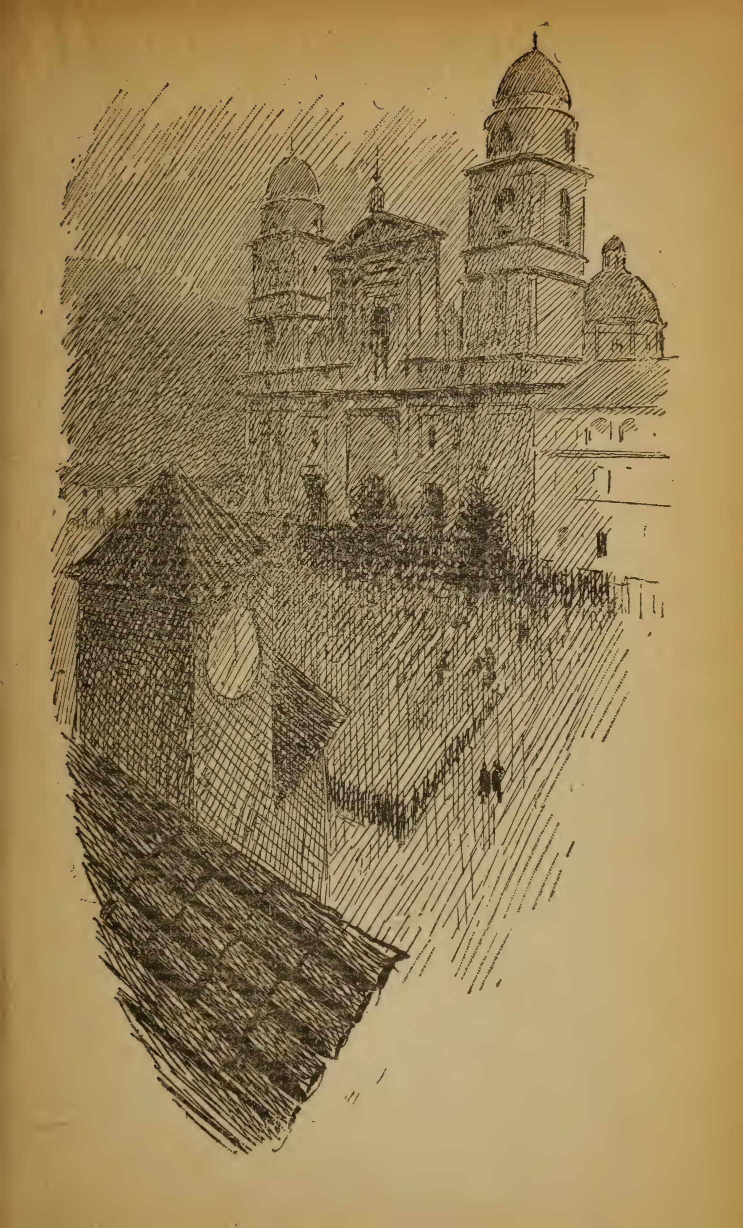
DÍA DE DIFUNTOS

La luz vaga... opaco el día...
La llovizna cae y moja
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría;
por el aire, tenebrosa, ignorada mano arroja
un oscuro velo opaco, de letal melancolía,
y no hay nadie que en lo íntimo no se aquiete y se recoja
al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,
y al oir en las alturas
melancólicas y oscuras
los acentos dejativos
y tristísimos é inciertos
con que suenan las campanas,
las campanas plañideras,
que les hablan á los vivos
de los muertos.

Y hay algo de angustioso y de incierto
que mezcla á ese sonido su sonido,
é inarmónico vibra en el concierto
que alzan los bronces al tocar á muerto
por todos los que han sido.
Es la voz de la campana
que va marcando la hora
hoy lo mismo que mañana,

rítmica, igual y sonora,
una campana se queja
y la otra campana llora,
ésta tiene voz de vieja
y esa de niña que ora.
Las campanas más grandes que dan un doble recio
suenan con acento de místico desprecio;
mas la campana que da la hora
ríe, no llora;
tiene en su timbre seco sutiles armonías;
su voz parece que habla de fiestas, de alegrías,
de citas, de placeres, de cantos y de bailes,
de las preocupaciones que llenan nuestros días;
es una voz del siglo entre un coro de frailes,
y con sus notas se ríe
escéptica y burladora
de la campana que gime,
de la campana que implora,
y de cuanto aquel coro conmemora;
y es que con su retintín
ella midió el dolor humano
y marcó del dolor el fin.

Por eso se ríe del grave esquilón
que suena allá arriba con fúnebre son;
por eso interrumpe los tristes conciertos
con que el bronce santo llora por los muertos.
No le oigáis, oh bronces, no le oigáis, campanas,
que con la voz grave de ese clamoreo
rogáis por los seres que duermen ahora
lejos de la vida, libres del deseo,
lejos de las rudas batallas humanas;
seguid en el aire vuestro bamboleo,



¡no la oigáis, campanas!...
Contra lo imposible ¿qué puede el deseo?

Allá arriba suena, rítmica y sonora,
esa voz de oro,
y sin que lo impidan sus graves hermanas
que rezan en coro,
la campana del reloj
suena, suena, suena ahora,
y dice que ella marcó,
con su vibración sonora,
de los olvidos la hora;
que después de la velada
que pasó cada difunto
en una sala enlutada
y con la familia junto
en dolorosa actitud,
mientras la luz de los cirios
alumbraba el ataúd
y las coronas de lirios;
que después de la tristura,
de los gritos de dolor
de las frases de amargura,
del llanto conmovedor,
marcó ella misma el momento
en que con la languidez
del luto, huyó el pensamiento
del muerto, y el sentimiento,
seis meses más tarde... ó diez.

Y hoy, día de los muertos... ahora que flota
en las nieblas grises la melancolía,
en que la llovizna cae gota á gota

y con sus tristezas los nervios embota,
y envuelve en un manto la ciudad sombría;
ella, que ha marcado la hora y el día
en que á cada casa lúgubre y vacía
tras el luto breve volvió la alegría;
ella, que ha marcado la hora del baile
en que al año justo un vestido aéreo
estrena la niña, cuya madre duerme
olvidada y sola en el cementerio;
suena indiferente á la voz del fraile
del esquilón grave á su canto serio;
ella, que ha marcado la hora precisa
en que á cada boca que el dolor sellaba
como por encanto volvió la sonrisa,
esa precursora de la carcajada;
ella, que ha marcado la hora en que el viudo
habló de suicidio y pidió el arsénico,
cuando aun en la alcoba recién perfumada
flotaba el aroma del ácido fénico;
y ha marcado luego la hora en que mudo
por las emociones con que el gozo agobia,
para que lo unieran con sagrado nudo
á la misma iglesia fué con otra novia;
¡ella no comprende nada del misterio
de aquellas quejumbres que pueblan el aire,
y lo ve en la vida todo jocoserio;
y sigue marcando con el mismo modo,
el mismo entusiasmo y el mismo desgaire
la huída del tiempo que lo borra todo!

Y eso es lo angustioso y lo incierto
que flota en el sonido;
esa es la nota irónica que vibra en el concierto

que alzan los bronces al tocar à muerto
por todos los que han sido.
Es la voz fina y sutil
de vibraciones de cristal
que con acento juvenil,
indiferente al bien y al mal,
mide lo mismo la hora vil
que la sublime y la fatal,
y resuena en las alturas
melancólicas y oscuras
sin tener en su tañido
claro, rítmico y sonoro,
los acentos dejativos
y tristísimos é inciertos
de aquel misterioso coro
con que suenan las campanas...
¡las campanas plañideras
que les hablan á los vivos
de los muertos!...



DE LORD TENNYSON

¡Oh voces silenciosas de los muertos!
Cuando la hora muda
y vestida de fúnebres crespones,
desfilar haga ante mis turbios ojos
sus fantasmas inciertos,
sus pálidas visiones...
¡Oh voces silenciosas de los muertos!
En la hora que aterra
no me llaméis hacia el pasado oscuro,
donde el camino de la vida cruza
los valles de la tierra.
¡Oh voces silenciosas de los muertos!
Llamadme hacia la altura
donde el camino de los astros corta
la *gélida negrura*;
hacia la playa donde el alma arriba,
llamadme entonces, voces silenciosas,
¡hacia arriba!... ¡hacia arriba!...

¿...

Por qué de los cálidos besos,
de las dulces idolatradas
en noches jamás olvidadas
nos matan los locos excesos?

¿son sabios los místicos rezos
y las humildes madrugadas
en las celdas sólo adornadas
con una cruz y cuatro huesos?

¡No, soñadores de infinito!
De la carne el supremo grito
hondas vibraciones encierra;

dejadla gozar de la vida
antes de caer, corrompida,
en las negruras de la tierra.



LA RESPUESTA DE LA TIERRA

Era un poeta lírico, grandioso y sibilino
que le hablaba á la tierra una tarde de invierno,
frente de una posada y al volver de un camino:
—¡Oh madre, oh tierra!—díjole,—en tu girar eterno
nuestra existencia efímera tal parece que ignoras.
Nosotros esperamos un cielo ó un infierno,
sufrimos ó gozamos en nuestras breves horas,
é indiferente y muda, tú, madre sin entrañas,
de acuerdo con los hombres no sufres y no lloras.
¿No sabes el secreto misterioso que entrañas?
¿Por qué las noches negras, las diáfanas auroras?
Las sombras vagarosas y tenues de unas cañas
que se reflejan lívidas en los estanques yertos,
¿no son como conciencias fantásticas y extrañas
que les copian sus vidas en espejos inciertos?
¿Qué somos? ¿A do vamos? ¿Por qué hasta aquí vivimos?
¿Conocen los secretos del más allá los muertos?
¿Por qué la vida inútil y triste recibimos?
¿Hay un oasis húmedo después de estos desiertos?
¿Por qué nacemos, madre, dime, por qué morimos?
¿Por qué?—Mi angustia sacia y á mi ansiedad contesta.
Yo, sacerdote tuyo, arrodillado y trémulo,
en estas soledades aguardo la respuesta.

La tierra, como siempre, displicente y callada,
al gran poeta lírico no le contestó nada.

LA CALAVERA

En el derruído muro
de la huerta del convento,
en un agujero oscuro
do silba al pasar el viento,

y como una dolorida
queja, á las piedras arranca,
hay en el fondo escondida
una calavera blanca,

de algún fraile soñador
de vida ejemplar y bella
y dedicada al Señor,
en el mundo única huella.

Abre los ojos sin fondo
como á visiones extrañas
y del vacío en lo hondo
forjan telas las arañas.

Húmedo musgo grisoso
recubre la antigua grieta
donde en supremo reposo
descansa ignorada y quieta.

Pero hasta aquella escondida
mansión, la brisa ligera
lleva murmullos de vida
y olores de primavera.

Golondrinas que en sus marchas
dejaron el patrio río
huyendo de las escarchas,
de las brumas y del frío;

cuando la luz del Poniente
filtra por el hondo hueco,
y hace parecer viviente
el cráneo rígido y seco,

desde las negras ruinas
alzan sosegado vuelo
y en sus vueltas peregrinas
tocan las ramas y el suelo,

como buscando en el prado
ya por la tarde, sombrío,
el espíritu elevado
que habitó el cráneo vacío.



AVANT-PROPOS

Prescriben los facultativos
cuando el estómago se estraga,
al paciente, pobre dispéptico,
dieta sin grasas.

Le prohiben las cosas dulces,
le aconsejan la carne asada
y le hacen tomar como tónico
gotas amargas.

Pobre estómago literario
que lo trivial fatiga y cansa,
no sigas leyendo poemas
llenos de lágrimas.

Deja las comidas que llenan,
historias, leyendas y dramas
y todas las sensiblerías
semi-románticas.

Y para completar el régimen
que fortifica y que levanta,
ensaya una dosis de estas
gotas amargas.



EL MAL DEL SIGLO

EL PACIENTE:

DOCTOR, un desaliento de la vida
que en lo íntimo de mí se arraiga y nace,
el mal del siglo... el mismo mal de
Werther,
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi.
Un cansancio de todo, un absoluto
desprecio por lo humano... un incesante
renegar de lo vil de la existencia
digno de mi maestro Schopenhauer;
un malestar profundo que se aumenta
con todas las torturas del análisis...

EL MÉDICO:

—Eso es cuestión de régimen; camine
de mañanita; duerma largo, báñese;
beba bien; coma bien; cuídese mucho,
¡lo que usted tiene es hambre!...



PROSA

EL PARAGUAS DEL PADRE LEÓN

PRÓLOGO

A Clímaco Soto Borda

Muchas veces lo he visto de cerca y muchas de lejos, y en cada una de ellas lo he mirado y remirado con el empeño con que un semi-escritor enamorado de la teoría del *documento humano,* observa á los tipos que se apartan de la humanidad corriente, de la humanidad de pacotilla... Me he complacido en estudiar los pormenores de su extraña figura, mezcolanza de líneas purísimas y de detalles grotescos, aquel perfil regular y noble de la cabeza amplia, aquellos largos cabellos blancos, aquellos ojos verdosos de expresión alocada, aquella nariz aguileña, aquellos paraguas inverosímiles que lo abrigan en los días lluviosos, aquel lente forjado como para el ojo de un cíclope, que carga en el bolsillo, aquel cuerpecito de gnomo, aquella voz chillona unas veces, cavernosa otras, con que alarga hasta lo infinito las sonoras sílabas latinas de las liturgias diarias...

Lo he visto oficiar, vestido con una casulla lila, tramada de oro, cayéndole sobre las canas ensortijadas un rayo de sol matinal, envuelto en la nube aromática del incienso que sube hacia el tabernáculo, y en esos momentos la figura toda, el perfil del filósofo romano, los ojos verdosos, el cuerpo deforme, tomaban una expresión de

rara nobleza aumentada por el prestigio de los movimientos lentos y hieráticos... Lo he visto en el tendido de la plaza de toros, vestido con una sotana raída y polvorienta, la fisonomía vulgarizada por el entusiasmo de la corrida, la cara congestionada por el calor del mediodía, sacudiéndose como un energúmeno, limpiándose las gotas del sudor que le perleaba en la frente con un pañuelo enorme de seda amarilla, que estrujaba con las manos, ridículamente pequeñas...

Sin embargo, cuando pasen muchos años y haya muerto él y lo oiga nombrar y al oir su nombre vuelva yo los ojos hacia los días de hoy, perdidos para siempre en el fondo del tiempo, no lo recordaré ni hermoseado ni ennoblecido por las lujosas vestiduras sacerdotales ni vulgarizado por el ambiente caliginoso del circo...

El Padre León... El paraguas del Padre León... Las misas del Padre León... Las imágenes que entonces, al vibrar en mis oídos, suscitarán esas sílabas, no serán las evocadas antes, sino otra, tan precisa, tan neta y al mismo tiempo tan sugestiva que no resisto al deseo de convertirla en unas líneas para esta primera página del álbum que has tenido la peregrina idea de dedicarle...

La esquina de una calle central; el cielo y los lejos negros como boca de lobo, rayados por los hilos de plata de una llovizna fina; el piso húmedo y brillante por la lluvia; allá arriba, entre lo oscuro de la noche, la irradiación fantasmagórica, la claridad deslumbrante é incolora de un foco de luz eléctrica, que hace más intensa la sombra alrededor; abajo, en la calle, diez pasos adelante de la lámpara incandescente, esta silueta inverosímil: abajo un paraguas enorme, un paraguas rojo de colosales dimensiones, un duende negro, de un metro de alto, con vestido talar y sombrero plano de anchísimas alas, que lleva en la mano una linterna de vidrios verdes... Sobre el empedrado brillante por la lluvia, la sombra del duende; la cabeza enorme, el

cuerpo pequeñísimo, los reflejos rojizos del paraguas, los reflejos verde esmeralda de la linterna, se proyectaban fantásticos.

El primer instante de verlo así fué delicioso para los ojos que desean color, mucho color, fatigados por lo gris del lluvioso crepúsculo... Aquello daba la impresión de una cosa no cierta, irreal...

¿De dónde venía, adónde iba el Padre León, protegido por el enorme paraguas rojo, alumbrado por la diminuta linterna verde?... De fijo había tomado el chocolate en casa de unas buenas amigas suyas, dos viejecitas que viven en la calle de los Béjares, en una sala que olía á papayas, sentado en un viejo sillón de cuero labrado, de vaqueta cordobesa, teniendo al frente un cuadrito desteñido de Gregorio Vázquez... y conversando de las profecías del doctor Margallo y del próximo fin del mundo. Después del chocolate le habían dado dulce de uchuvas ó de cabellos de ángel, después un tabaco que olía á vainilla... Aquello era el Santafé dormilón, inocente y plácido de 1700, un pedazo de la vieja ciudad de la mula herrada, del espanto de la calle del Arco y de la luz de San Victorino...

En ese instante un *coupé* negro y brillante, tirado por un soberbio tronco de alazanes, un *coupé* que parecía una joya de ónix, manejado por un cochero inglés, correcto y rígido bajo su casacón de paño blanco, cruzó bajo el foco de luz eléctrica... Era el coche salido de los talleres de Million Ouet, del Ministro X, que vendió por seis mil libras esterlinas sus influencias para lograr tal contrato escandaloso... Alcancé á ver por la portezuela abierta el perfil borbónico del magnate y la cabecita rubia, constelada de diamantes, de su mujer, aquella *fin de siècle* neurasténica que lee á Bourget y á Marcel Prevost, y que se ha hecho famosa por haber comprado todas las joyas que, en su postrer viaje á Europa, trajo el último de los Mon-

teverdes... ¿Adónde iba la elegante pareja?... A oir el segundo acto de *Aida* en el Teatro Nuevo, el lujo de la Bogotá de hoy, de la ciudad de las emisiones clandestinas, del *Petit Panamá* y de los veintiséis millones de papel moneda...

El siglo diez y ocho encarnado en el Padre León; el siglo veinte encarnado en el omnipotente X, vistos ambos, en menos tiempo del que había gastado en convertirse en humo aromático el tabaco dorado del cigarrillo turco que tenía en los labios, vistos ambos á la luz de la lámpara Thomson-Houston, que irradiaba allá arriba entre lo negro profundo su luz descolorida y fantasmagórica...

¿No vienen siendo las dos figuras como una viva imagen de la época de transición que atravesamos, como los dos polos de la ciudad que guarda en los antiguos rincones restos de la placidez deliciosa de Santafé y cuyos nuevos salones aristocráticos y cosmopolitas, y cuya corrupción honda hacen pensar en un diminuto París?...

SUSPIROS

Si fuera poeta y pudiese fijar el revoloteo de las ideas en rimas brillantes y ágiles como una bandada de mariposas blancas de primavera con alfileres sutiles de oro; si pudiera cristalizar los sueños en raras estrofas, haría un maravilloso poema en que hablara de los suspiros, de ese aire que vuelve al aire, llevándose consigo algo de las esperanzas, de los cansancios y de las melancolías de los hombres.

*

Y para huir de los suspiros de convención, de las romanzas sentimentales, llenas de luna de pacotilla y de ruiseñores triviales, hablaría de los suspiros angustiosos que flotan en el aire espeso é impregnado del olor de ácido fénico, en la luz dorada de los cirios, entre el aroma vago de las flores mortuorias, cerca de aquellos cuyos ojos, cerrados para siempre, guardan las huellas violáceas de los últimos insomnios, y cuyos labios se ajaron con el frío de la muerte...

*

¡Ah, no! Ese suspiro sería demasiado triste para hablar de él; su recuerdo haría nublarse los ojos nuevos de las lectoras, los ojos oscuros unas veces como noches de in-

vierno, azules y claros otras, como el agua de los lagos quietos.

Para que no se nublaran, hablaría del suspiro de voluptuosidad y de cansancio que flota en el aire tibio de una sala de baile, iluminada como el día, reflejada por espejos venecianos; del suspiro de una mujer hermosa y joven agitada por el valse, cuya piel de durazno se sonrosa, y cuyos dedos de hada estrechan febrilmente el abanico de plumas flexibles que le besan la falda; del suspiro sensual y vago que se pierde entre las blancuras rosadas, en el aire donde palpita el iris en los diamantes, donde la luz se quiebra en el aire de los rubíes, en el azul misterioso de los zafiros, en el aire que arrastra tentaciones de ternuras y de besos...

*

¡Ah, no! Ese suspiro sería demasiado dulce para hablar de él; su recuerdo haría arrugarse la frente cansada, y blanquearía las canas de los filósofos, por cuyas venas no corre, en oleada ardiente, la sangre de la juventud. Para que pudieran leerme, hablaría más bien del suspiro de cansancio de un viejo, de un suspiro oído una tarde de otoño, en el camino que va del pueblo al cementerio, —un camino donde rodaba la hojarasca empujada por el viento; donde un hilo de agua dejaba oir su queja monótona; donde los árboles, envueltos en niebla, tomaban extraños aspectos, y en cuyo horizonte, entre las nubes frías y húmedas, se ponía el sol. ¡Oh! Aquel suspiro parecía salir, más que de un pecho humano, cansado de la vida, del paisaje mismo, del cementerio donde duermen los huesos bajo la yerba, de la vegetación quemada por el frío, de las oscuridades vagas del horizonte; parecía ser una queja de la naturaleza deseosa de dormir en definitivo descanso, fatigada de su tarea eterna, de la sucesión

infinita de los veranos y de los inviernos, de la luz y de la sombra...

*

Si fuera poeta y pudiese fijar el revoloteo de las ideas en rimas brillantes y ágiles como una bandada de mariposas blancas de primavera con clavos sutiles de oro; si pudiera cristalizar los sueños; si pudiera encerrar las ideas, como perfumes, en estrofas cinceladas, haría un maravilloso poema en que hablara de los suspiros, de ese aire que envuelve al aire, llevándose algo de los cansancios, de las esperanzas y de las melancolías de los hombres!

*

Aun siendo poeta y haciendo el poema maravilloso, no podría hablar de otro suspiro... del suspiro de los poetas cuando no alcanzan á encerrar en su obra la esencia irreductible de las cosas; del suspiro que viene á todos los pechos humanos cuando comparan la felicidad obtenida, el sabor conocido, el paisaje visto, el amor feliz, con las felicidades que soñaron, que no se realizan jamás, que no ofrece nunca la realidad, y que todos nos forjamos en inútiles ensueños.

CARTA ABIERTA

SEÑORA :

Hace dos años, en una larga temporada que pasó usted en el campo, llevando una vida apacible y tranquila, consagrada á la pintura, me hizo usted el honor de invitarme á almorzar una vez en su casa. Las horas que pasé allí me parecieron breves, como nos parece breve todo lo que es muy grato. Antes de que nos sentáramos á la mesa nos mostró usted su último estudio de pintura en pleno aire, acabado en la semana anterior; era aquella figurita la de una muchacha campesina, perdida en un trigal y que lleva en las manos unos manojos de yerba y unas flores; un cuadro lleno de luz y de aire de campo. Después del almuerzo, á tiempo del champaña que hervía en las copas, y del café negro aromático como una esencia, nos propuso usted que diéramos una vuelta por las cercanías y todos aceptamos alborozados su idea.

Adelante íbamos usted y yo, y nuestra conversación fué una larga confidencia mutua de nuestra adoración á la Belleza. Me hablaba usted de los incomparables goces que el arte le ha proporcionado en su vida; de la serenidad que esparció en su alma la contemplación de los mármoles antiguos; de la fascinación que ejercen sobre usted la ingenuidad inefable de las Vírgenes de los Primitivos, la sonrisa misteriosa de las figuras de Vinci, la claridad que

dora las tinieblas rojizas de Rembrandt, la diáfana luz extraterrestre en que baña Murillo sus aspiraciones; me contaba usted que la música de algunos maestros, la hace á usted olvidarse de sí misma y sentir la tristeza, la alegría, los matices de sentimiento que interpretan las sinfonías inmortales. Con frases ardientes, y sin dominar mi entusiasmo de fanático, le decía á usted que en las obras de los grandes sacerdotes de la palabra, ésta acumula todos los medios de que disponen las otras artes para recrear la vida, agregándole el alma de artista; le contaba cómo me desvanece el olor de los cadáveres, de aquella ciudad que agoniza en el último canto del poema de Lucrecio; le contaba que de entre la muchedumbre que gesticula y ama y odia y mata y muere en los dramas de Shakespeare, salen á veces á hablar conmigo, el pálido príncipe que conversa con los sepultureros y el judío ávido que reclama su libra de carne; le decía á usted que los poetas son compasivos con los que los aman, que Musset les da á beber á sus íntimos el champaña ardiente de su sensualismo gozador; que Vigny, un brebaje negro que procura la resignación; Shelley, un *haschich* sutil que lo hace sentirse á uno hermano de las plantas que florecen en el jardín encantado; Longfellow, el agua de las fuentes campesinas en que se mojan los helechos y se refleja el cielo, y Baudelaire y Poe, un opio enervante que puebla el cerebro de sombras alucinadoras, entre cuya oscuridad brillan los ojos de *lady* Ligeia y vibran unas campanas fantásticas, y aletea el cuervo y suenan quejidos de inexplicable angustia.

En los silencios de nuestros diálogos oíamos atrás las voces de nuestros compañeros que discutían el alza de las acciones de un ferrocarril en construcción; que ponderaban la honradez y la habilidad de un Ministro recién posesionado, de quien se prometían maravillas; que pronosticaban la cosecha venidera como muy abundante y cal-

culaban en coro el alza segura del papel moneda. Nosotros, perdidos en nuestra conversación, ellos, discutiendo sus graves cuestiones económicas, sin que ninguno sintiera la distancia al caminar paso entre paso por la vereda sombreada de salvios oscuros y de lánguidos sauces, fuimos á dar al pueblecito vecino.

Para mí se fundieron en una sola, penetrante, fina y sutilmente voluptuosa, las impresiones del paseo, la temperatura tibia del aire y la claridad de la hora, la expresión aristocrática de la fisonomía de usted y los detalles exquisitos de su vestido; la quietud adormecida del paisaje y el olor del *White Rose* que emanaba del pañuelo de batista que tenía usted en la mano enguantada de piel de Suecia; la luz sonrosada en que la envolvía á usted, al tamizar los rayos verticales del sol, su sombrilla de crespón rojo; la sonrisa desencantada que asomaba á sus labios y la música de su voz al contarme las dificultades con que había luchado al pintar su último cuadro.

Hoy, en unas horas perdidas, mientras que la llovizna monótona extiende sus cortinas grises por el horizonte y enloda las calles y lo entenebrece todo, como un pianista desconfiado que antes de preludiar una sinfonía toca interminables escalas para adueñarse de los secretos de la práctica y dominar el teclado sonoro, me he entretenido en hacer ejercicios de estilo, para lograr que las palabras digan ciertas impresiones visuales. Es así como he escrito estas TRASPOSICIONES. Mientras las escribía recordaba las horas que pasé aquel día en casa de usted y se me impuso la idea de suplicarle que aceptara estas páginas en recuerdo de ellas y de nuestra plática de Arte.

Nuestros compañeros que conversaban esa mañana del ferrocarril en construcción, de la habilidad del Ministro, de la cosecha mirífica y de la baja del cambio, han tenido después decepciones crueles y han renegado de sus entusiasmos de entonces; el ferrocarril está inconcluso y las

acciones no tienen cotización; el Ministro resultó un imbécil, las sementeras se perdieron y el papel-moneda bajó veinte por ciento.

Usted y yo no hemos tenido desengaños acerca de los entusiasmos que motivaron nuestro diálogo de ese día; sigue usted con más amor que nunca, fijando en sus cuadros la poesía eterna del color, de la luz y de la sombra; sigo yo leyendo mis poetas y tratando de dominar las frases indóciles para hacer que sugieran los aspectos precisos de la Realidad y las formas vagas del Sueño; cuando se sienta usted á su piano Weber y pasa los dedos ágiles y finos sobre el teclado de marfil, las sonatas de Beethoven la hacen entristecerse más suavemente que éntonces; cuando abro yo mi ejemplar de los poemas de Bourget, tirado en papel de la China y empastado por Thibaron en pasta llana de marroquí rojo del Levante, con filetes de oro, siento una emoción más profunda al releer la *Meditación sobre una calavera,* ó las estrofas penetrantes y musicales de la *Noche de Estío*; cuando los ojos de usted, fatigados por la policromía de la paleta, se detienen en la Ninfa de Clodión, aprecian mejor el moldeado blando del seno y las curvas armoniosas de las piernas gráciles; cuando vuelve usted á mirar la copia del *Angelus* hecha por sus manos, siente más á fondo la poesía sencilla y grandiosa del lienzo magistral, y se deja invadir lentamente por la melancolía que flota en la claridad moribunda de aquel cielo de crepúsculo y que cae con la sombra sobre la tierra ennegrecida y sobre las figuras de los labriegos.

Es que usted y yo, más felices que los otros que pusieron esperanzas en el ferrocarril inconcluso, en el Ministro incapaz, en la sementera malograda ó en el papel-moneda que pierde de su valor, en todo eso que interesa á los espíritus prácticos, tenemos la llave de oro con que se abre la puerta de un mundo que muchos no sospechan y

que desprecian otros; de un mundo donde no hay desilusiones ni existe el tiempo; es que usted y yo preferimos al atravesar el desierto, los mirajes del cielo á las movedizas arenas, donde no se puede construir nada perdurable; en una palabra, es que usted y yo tenemos la chifladura del arte, como dicen los profanos, y con esa chifladura moriremos.

Señora, déjelos usted que nos llamen chiflados y que se burlen de nuestra inocente manía. Ya ve usted cómo al cabo de dos años nosotros adoramos con más fervor lo que queríamos entonces, y ellos han perdido sus ilusiones. Ríase usted de ellos, señora, si su bondad inefable se lo permite, y si no, compadézcalos. Los dos hemos escogido en la vida la mejor parte, la parte del ideal, la parte de María, y mientras que Marta prepara el banquete y lava las ánforas, nosotros, sentados á los pies del Maestro, nos embelesamos oyendo las parábolas.

Es fácil que algunos instantes de desabrimiento y de acedía le impidan gozar del éxtasis de las fruiciones estéticas; que las tentaciones del mundo vengan á turbar la paz del espíritu de usted, y que la muselina de Siriganor de un vestido de baile salido de las manos de Worth, ó el oriente rosado de las perlas de un collar que tenga en el estuche de raso negro la marca de Braugrand Rivir le parezcan á usted más deseables que el claro oscuro exacto de un esbozo difícil ó que la interpretación sincera de una mediatinta fugitiva; yo he tenido días de esos en que desesperado de lograr la armonía de un período ó la música de una estrofa, y olvidado de mis poetas, he pecado gravemente, y he perdido mi fervor, sin fuerzas para resistir las tentaciones vertiginosas del Oro. Aconsejado en esas horas de aridez espiritual por mi confesor laico, un viejo psicólogo que tiene en su celda, por todo adorno, una copia de la *Melancolía* de Alberto Durero, y que posee á fondo los secretos sutiles de la dirección de

las almas, he alcanzado grandes consuelos y he restablecido la paz interior leyendo y meditando mucho aquellos versículos suavísimos de la Imitación:

Excedunt enim spirituales consolationes, omnes mundi delicias et carnis voluptatis.

Nam omnes deliciæ mundanæ aut vanæ suut, aut turpes.

(*De Imitat,* Lib. II, Cap. X).

. . . .

Que al leer usted estas páginas sienta algo del encanto que tuve al escribirlas, y al recordar la mañana clara y tibia en que caminamos juntos por la vereda que lleva á la casa de campo donde pasó usted horas tan apacibles retirada del mundo y distraída de las preocupaciones mezquinas del diario, por el sortilegio misterioso del Arte.

DE SOBREMESA

(FRAGMENTO)

UN cultivo intelectual emprendido sin método y con locas pretensiones al universalismo, un cultivo intelectual que ha venido á parar en la falta de toda fe, en la burla de toda valla humana, en una ardiente curiosidad del mal, en el deseo de hacer todas las experiencias posibles de la vida, completó la obra de las otras influencias, y vino á abrirme el oscuro camino que me ha traído á esta región oscura, donde hoy me muevo sin ver más en el horizonte que el abismo negro de la desesperación, y en la altura, allá arriba, en la altura inaccesible, su imagen, de la cual, como de una estrella en noche de tempestad, cae un rayo, un sólo rayo de luz.

¿Terror?... ¿Terror, de qué?... De todo por instantes... De la oscuridad del aposento donde paso la insomne noche viendo desfilar un cortejo de visiones siniestras; terror de la multitud que se mueve ávida en busca de placer y de oro, terror de los paisajes alegres y claros que sonríen á las almas buenas; terror del arte que fija en posturas eternas los aspectos de la vida, como por un tenebroso sortilegio; terror de la noche oscura en que el infinito nos mira con sus millones de ojos de luz; terror de sentirme vivir, de pensar que puedo morirme, y en esas horas de terror, frases estúpidas que me suenan den-

tro del cerebro cansado, ¿y Dios?... «Los pobres hombres están solos sobre la tierra», y que me hacen correr un escalofrío por las vértebras.

No, no es terror de eso, es terror de la locura. Desde hace años el cloral, el cloroformo, el éter, la morfina, el *haschich,* alternados con excitantes que le devolvían al sistema nervioso el tono perdido por el uso de las siniestras drogas, dieron en mí cuenta de aquella virginidad cerebral más preciosa que la otra de que habla Lasegue. Después la crápula del cuerpo, obstinado en experimentar sensaciones nuevas; la crápula del alma empeñada en descubrir nuevos horizontes; después todos los vicios y todas las virtudes, ensayados por concederlos y sentir su influencia, me han traído al estado de hoy, en que, unos días, al besar una boca fresca, al respirar el perfume de una flor, al ver los cambiantes de una piedra preciosa, al recorrer con los ojos una obra de arte, al oir la música de una estrofa, gozo con tan violenta intensidad, vibro con vibraciones tan profundas de placer, que me parece absorber en cada sensación toda la vida, todo lo mejor de la vida, y pienso que jamás hombre alguno ha gozado así; y en que otros, cansado de todo, despreciando, odiando todo, sintiendo por mí mismo y por la existenicia un odio sin nombre, que nadie ha experimentado, me siento incapaz del más mínimo esfuerzo, permanezco por horas enteras hebetado, estúpido, inerte, con la cabeza en las manos, y llamando á la muerte ya que la energía no me alcanza para acercarme á la sien la boca de acero que podría curarme del horrible, del tenebroso mal de vivir...

¡La locura! ¡Dios mío, la locura! A veces—¿por qué no decirlo, si hablo por mí mismo?—¡cuántas veces la he visto pasar vestida de brillantes harapos, castañeteándole los dientes, agitando los cascabeles del irrisorio cetro, y hacerme misteriosa mueca con que me convida hacia lo

desconocido! En una alucinación que la otra noche me dominó por unos minutos, las joyas que brillaban sobre el terciopelo negro del enorme estuche, se trocaron, á la luz de la lámpara que las alumbraba, en los mágicos arreos de su vestido de reina; otra noche, fué una pesadilla que me apretó con sus garras negras, y de la cual desperté bañado en sudor frío; una cabeza horrible, la mitad mujer de veinte años, sonrosada y fresca, pero coronada de espinas que le hacían sangrar la frente tersa, la otra mitad calavera seca, con las cuencas de los ojos vacías y negras, y una corona de rosas ciñéndole los huesos del cráneo, todo ello destacado sobre una aureola de luz pálida, una cabeza horrible me hablaba con la boca, mitad labios de carne rosada, mitad huesos pálidos, y me decía: «Soy tuya, eres mío, soy la locura!»

¡Loco!... ¡El loco en el cuartucho oscuro del manicomio, oloroso á ratón, envuelto en la camisa de fuerza!, el loco con el cabello cortado al rape, recibiendo en las flacas espaldas huesosas el chorro helado de la ducha, bajo el ojo imperturbable del hombre de ciencia que anota sus gestos violentos y sus entrecortadas blasfemias para convertirlas en una preciosa y razonada monografía...

¿Loco?... ¿y por qué no? Así murió Baudelaire, el más grande, para los verdaderos letrados, de los poetas de los últimos cincuenta años; así murió Maupassant, sintiendo crecer alrededor de su espíritu la noche y reclamando sus ideas... ¿Por qué no has de morir así, pobre degenerado, que abusaste de todo, que soñaste con dominar el arte, con poseer la ciencia, toda la ciencia, y con agotar todas las copas en que brinda la vida las embriagueces supremas?

PLUMAS AJENAS

LEYENDO Á SILVA

Vestía traje suelto de recamado viso
en voluptuosos pliegues de un color indeciso,

y en el divan tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

sostenían un libro de corte fino y largo,
un libro de poemas delicioso y amargo.

De aquellos dedos pálidos la tibia yema blanda
rozaba tenuemente con el papel de Holanda

por cuyas blancas hojas vagaron los pinceles
de los más refinados discípulos de Apeles:

era un lindo manojo que en sus claros lucía
los sueños más audaces de la Crisografía;

sus cuerpos de serpiente dilatan las mayúsculas
que desde el ancho margen acechan las minúsculas,

ó trazan por los bordes caminos plateados
los lentos caracoles, babosos y cansados.

Para el poema heroico se vía allí la espada
con un león por puño y contera labrada,

donde evocó las formas del ciclo legendario
con sus torres y grifos un pincel lapidario.

Allí la dama gótica de rectilínea cara
partida por las rejas de la viñeta rara;

allí las hadas tristes de la pasión excelsa:
la férvida Eloísa, la suspirada Elsa.

Allí los metros raros de musicales timbres:
ya móviles y largos como jugosos mimbres,

ya diáfanos, que visten la idea levemente
como las albas guijas de un río transparente.

Allí la Vida llora y la Muerte sonríe,
y el Tedio, como un ácido, corazones deslíe...

Allí cual casto grupo de núbiles Cíteres
cruzaban en silencio figuras de mujeres

que vivieron sus vidas, invioladas y solas
como la espuma virgen que circunda las olas:

la rusa de ojos cálidos y de bruno cabello
pasó con sus pinceles de marta y de camello:

la que robó al piano en las veladas frías
parejas voladoras de blancas armonías

que fueron por los vientos perdiéndose una á una
mientras envuelta en sombras se atristaba la luna...

Aquesa, el pie desnudo, gira como una sombra
que sin hacer ruído pisara por la alfombra

de un templo... y como el ave que ciega el astro diurno
con sus ojos nictálopes ilumina el *Nocturno*

do al fatigado beso de las vibrantes crines
un aire triste y vago preludian dos violines...

. . . .

La luna, como un nimbo de Dios, desde el Oriente
dibuja sobre el llano la forma evanescente

de un lánguido mancebo que el tardo paso guía
como buscando un alma, por la pampa vacía.

Busca á su hermana; un día la negra Segadora
—sobre la mies que el beso primaveral enflora—

abatiendo sus alas, sus alas de murciélago,
hirió á la virgen pálida sobre el dorado piélago,

que cayó como un trigo... Amiguitas llorosas
la vistieron de lirios, la ciñeron de rosas;

céfiro de las tumbas, un bardo israelita
á ella, que en su lecho de gasas y de blondas,

le cantó cantos tristes de la raza maldita
se asemejaba á Ofelia mecida por las ondas:

por ella va buscando su hermano entre las brumas,
de unas alitas rotas las desprendidas plumas,

y por ella... «Pasemos esta doliente hoja
que mi ser atormenta, que mi sueño acongoja»,

dijo entre sí la dama del recamado viso
en voluptuosos pliegues de color indeciso,

y prosiguió del libro las hojas volteando,
que ensalza en áureas rimas de son *calino* y blando

los perfumes de Oriente, los vívidos rubíes
y los joyeles mórbidos de sedas carmesíes.

Leyó versos que guardan como gastados ecos
de voces muertas; cantos á ramilletes secos

que hacen crujir, al tacto, cálices inodoros;
metros que reproducen los gemebundos coros

de las locas campanas que en *El día de Difuntos*
despiertan con sus voces los muertos cejijuntos,

lanzados en racimos entre las sepulturas
á beberse la sombra de sus noches oscuras...

. . . .

...Y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

doblaron lentamente la página postrera
que, en gris, mostraba un cuervo sobre una calavera...

y se quedó pensando, pensando en la amargura
que acendran muchas almas; pensando en la figura

del bardo, que en la calma de una noche sombría,
puso fin al poema de su melancolía:

¡exangüe como un mármol de la dorada Atenas,
herido como un púgil de itálicas arenas,

unió la faz de un Numen dulcemente atediado
á la ideal Belleza del estigmatizado!...

Ambicionar las túnicas que modelaba Grecia,
y los desnudos senos de la gentil Lutecia;

pedir en copas de ónix el ático nepentes;
querer ceñir en lauros las pensativas frentes;

ansiar para los triunfos el hacha de un Arminio;
buscar para los goces el oro del triclinio;

amando los detalles, odiar el Universo;
sacrificar un mundo para pulir un verso;

querer remos de águila y garras de leones
con qué domar los vientos y herir los corazones;

para gustar lo exótico que el ánimo idolatra
esconder entre flores el áspid de Cleopatra;

seguir los ideales en pos de Don Quijote
que en el Azul divaga de su rocín al trote;

esperar en la noche las trémulas escalas
que arrebaten ligeras á las etéreas salas;

oir los mudos ecos que pueblan los santuarios,
amar las hostias blancas; amar los incensarios

(poetas que diluyen en el espacio inmenso
sus ritmos perfumados de vagaroso incienso);

sentir en el espíritu brisas primaverales
ante los viejos monjes y los rojos misales;

tener la frente en llamas y los pies entre lodo;
querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo:

eso fuiste, ¡oh poeta! Los labios de tu herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de las desesperanzas,
¡oh místico sediento que en el raudal te lanzas!

. . . .

¡Oh Señor Jesucristo! ¡por tu herida del pecho
perdónalo! ¡perdónalo! ¡desciende hasta su lecho

de piedra á despertarlo! con tus manos divinas
enjuga de su sangre las ondas purpurinas...

Pensó mucho: sus páginas suelen robar la calma;
sintió mucho: sus versos saben partir el alma;

amó mucho: circulan ráfagas de misterio
entre los negros pinos del blanco cementerio...

. . . .

No manchará su lápida epitafio doliente:
tallad un verso en ella, pagano y decadente,

digno del crespo Adonis en muerte de Afrodita:
un verso como el hálito de una rosa marchita,

que llore su caída, que cante su belleza,
que cifre sus ensueños, que diga su tristeza!...

. . . .

¡Amor! dice la dama del recamado viso
en voluptuosos pliegues de color indeciso.

¡Dolor! dijo el poeta: los labios de su herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de la desesperanza:
fué el místico sediento que en el raudal se lanza.

Su muerte fué la muerte de una lánguida anémona,
se evaporó su vida como la de Desdémona;

ebrio del vino amargo con que el dolor embriaga
y á los fulgores trémulos de un cirio que se apaga...

¡Así rindió su aliento, bajo un sitial de seda,
el último nacido del viejo Cisne y Leda!...

GUILLERMO VALENCIA

JOSÉ A. SILVA

Lejos de las paredes ennegrecidas
que guardan el silencio del camposanto,
lejos de las plegarias, lejos del llanto,
se ven las sepulturas de los suicidas.

De aquellos que, con almas engrandecidas
en luchas misteriosas, sin fe ni espanto,
deshojaron, en horas de hondo quebranto,
como flores siniestras sus propias vidas.

De aquellos que miraron entre aflicciones,
caer descoloridas, una por una,
como cálices mustios sus ilusiones;

y que, al fin, á los golpes de infausta suerte,
madre y patria y amigos y gloria y cuna
olvidaron por irse tras de la muerte.

—

Allí no se ven hiedras ni siemprevivas,
allí no se ven aves ni mariposas;
hasta las mismas auras, que, silenciosas,
van en busca de esencias, huyen esquivas.

Allí no van los monjes; van las altivas
almas que sólo piden sueño á las fosas;

allí van los poetas de arpas ruidosas
y de frentes heladas y pensativas.

Allí no van los hombres vanos y oscuros,
no van allí los miopes de pensamiento,
ni menos los miedosos y los impuros;

allí van... los mordidos por los dolores,
los que muestran los puños al firmamento,
los Prometeos dignos de sus furores.

—

Y allí estás tú, dormido. Cuando caíste
en la calma suprema, lívido y yerto,
se cuajó entre tus labios fríos, de muerto,
una sonrisa amarga, burlona y triste.

¡Grande fué tu protesta! ¡Qué bien hiciste
en buscar en la sombra seguro puerto,
lejos de las arenas de este desierto,
del monótono ritmo de cuanto existe!

¡Cómo no huir del campo de la existencia
cuando el hado nos hiere, lleno de encono,
y sentimos el hielo de la impotencia!

¡Bien hiciste en matarte! Sirve de abono
y á la tierra fecunda... Si no hay clemencia
para ti, nada importa: ¡Yo te perdono!

¿POR QUÉ SE MATÓ SILVA?

En lo más abrupto y alto
de un gran peñón de basalto,
detuvo un águila el vuelo:

miró hacia arriba, hacia arriba,
y se quedó pensativa,
al ver que el azul del cielo
siempre alejándose iba.

Escrutó la enorme altura
y, con intensa amargura,
sintió cansancio en las alas.
(¡En la glacial lejanía
el sol moría, moría,
entre sus sangrientas galas,
bajo la pompa del día!)

Y del peñón por un tajo,
miró hacia abajo, hacia abajo,
con desconsuelo profundo;
el ojo vivo y redondo
clavó luego en lo más hondo...
Y asco sintió por el mundo:
¡vió tanto cieno en el fondo!

Si huía el azul del cielo,
si hervía el fango en el suelo,
¿cómo aplacar su tristeza?
¡ah, fué tanta su aflicción,
que, en su desesperación,
se destrozó la cabeza
contra el siniestro peñón!

JULIO FLÓREZ

REDEMPTIO

No lloréis al bardo que huyó de la vida
como estrella errante que rueda en la sombra
y deja en la noche luminosa herida!
¡No lloréis al bardo que huyó, siendo dueño
de las ilusiones, Príncipe glorioso
del alcázar azul del ensueño!
Y se fué, sin dejar que los años
abofetearan su frente de Apolo;
antes que la nieve de los desengaños
inundara con sierpes de plata
el ébano undoso de su cabellera!
¡Cayó, coronado por la Primavera,
como el árbol joven que al tajo del viento
se rinde, y envuelto en un manto de flores,
cual si fuese un hosana de amores
exhala en perfumes su postrer aliento!

ALFREDO GÓMEZ JAIME

A JOSÉ A. SILVA

Tú, predilecto de los dioses, viste,
serena el alma y con esquivos ojos,
la fértil rama de laurel, los rojos
mirtos robados al Amor. Naciste
para llevar sobre la frente rosas
de aroma extraño y de misterio llenas,
para besar las sienes de las diosas
bajo los sacros pórticos de Atenas.

A tu velado gabinete, envuelto
en vaga red de hiedras tembladoras
—gala del rojo cortinaje suelto,—
viste llegar en las dormidas horas
en que al reir de alborotado coro
furtiva nota en los espacios yerra,
musa gentil cuya sandalia de oro
apenas rasa el polvo de la tierra.

Mas la guirnalda que tejió su mano
pobre la hallaste y sin matices; vano
fué su esplendor de juventud, que grata
sólo te fuera la corola inerte
en cuyos albos pétalos desata
soplo de aroma arrobador la muerte.

Sólo esa extraña viajadora esquiva
de frente blanca y de pupilas graves,
que el sueño infunde con sus labios suaves
y ama á la hermosa juventud altiva,
marcó tu asilo con su pie liviano;
y cabe el lecho, en el pesado muro
vino á colgar con sigilosa mano
su leve manto de crespón oscuro.

Regó en tu pecho sus guedejas blondas,
como sumida en amoroso dejo;
bañado el rostro en límpido reflejo
bajo el albor de sus miradas hondas.
—¿Por qué la noche—le dijiste—tarda?
Es para tí mi juventud gallarda,
mi pecho esquivo á los amantes lazos.
Ya no ambiciona mi apolínea frente
fácil lisonja de caricia ardiente;
quiero dormir bajo la paz del cielo,
pero dormir en tus mullidos brazos,
libre de insomnio, en tálamo de hielo.

V. M. Londoño

NOVILUNIO

Tú anuncias:
«La Luna»
Y allá, muy lejos, sobre la cabeza de un monte
la luna es; y cuando te vuelves á mirarme
tienes los ojos llenos de luna; el horizonte
está lleno de luna como tus ojos; una,
dos, tres campanas riegan su angustia vespertina
por la llanura donde la claridad empieza.
—Mira cómo se pone de triste la hojarasca.
—Mira cómo aquel árbol se cubre de tristeza:
todo lo pone triste la luna.
Lentamente,
por la solemnidad de la pradera,
va pasando una sombra. ¿No la ves, compañera?
Una trágica sombra que da miedo; parece
marchar hacia la luna, dolientemente sola,
como alcanzando un sueño que se le desvanece.
Es una alma esa sombra.
—¿Un alma?—Sí; la misma
que cuando el novilunio los campos aletarga
viene á llorar discreta quién sabe qué amargura.
Mira cómo se aleja, mira cómo se alarga
la sombra de la sombra sola, por la llanura.
Oye cómo los perros le aúllan, y las ranas
le gritan al doliente fantasma taciturno;
mira cómo se alarga la sombra... ¿Tienes miedo?
Persígnate, que vamos á rezar el *Nocturno*.

J. Martínez Rivas

JOSÉ A. SILVA

Entre los grandes poetas de la América latina á cuyo genial impulso débese al actual renacimiento literario de ese continente, descuella interesante como ninguna la exquisita personalidad de José Asunción Silva, el poeta aristocrático de las rimas deliciosas amargas, el bardo amado de los dioses que en plena juventud, atediado con la vida y sintiendo que el ave corazón quería escapársele del pecho, angustiada con la estrechez de su cárcel, firme y sereno le abrió salida con su mano libertadora, que se crispaba ansiosa de rasgar los velos de lo desconocido.

Fué Silva un poeta verdaderamente genial. A la novedad de forma y gallardía de sus creaciones juntábase en él la intensidad de pensamiento y el encanto de esa secreta amargura que se deleitan en gustar de las almas enfermas de divinas nostalgias. Nació Silva en Bogotá, capital de la República de Colombia, hacia á mediados del año 1860. Sus estudios universitarios fueron breves, pero él por cuenta propia prosiguió ilustrándose, ansioso de saber, ávido de conocimientos más en armonía con su espíritu de artista y atrevido. Los estrechos moldes literarios de su época juvenil, no bastaban á satisfacerlo y eso que no contaba con precedente alguno que pudiera indicarle nuevos caminos. Su aticismo genial y lo refinado de sus tendencias le hicieron buscar en la selección de sus lecturas la flor más alta, los más delicados brotes de la humana idea. En un medio entonces adverso á toda iniciativa original que quisiera apartarse por la rutina implantada en la manera de juzgar el arte, Silva dió el primer paso en materia de renovación intelectual, y escuchado con su talento y nutrido su espíritu con las revelaciones absorbidas en obras maestras, hizo

conocer bien pronto sus raros versos musicales, de forma extraña, cuyo atrevimiento llenó de estupor á aquella burguesía literaria, que imperaba entonces con todo el peso de su carácter tradicional.

Los nombres de Mallarmé, Verlaine, Baudelaire, perdíanse entonces sin eco, casi desconocidos, en un ambiente asordado por el rumor de la fama de Hugo. Los ojos, acostumbrados al fulgor meridiano, no sabían apreciar los delicados tintes crepusculares entre la penumbra sugestiva, ni las delicuescencias de la luz bajo los rosales de la tarde. Entre los autores favoritos de Silva contábanse aquellos nombres en primer término; la sutileza y originalidad de ingenios semejantes, le impresionaron vivamente y fué él quien primero los hizo conocer en su patria.

Confiado en la bondad de su labor ó quizá tan sólo por arrullarse en su marfilina torre de ensueño con la divina música de la poesía, sin preocuparse por el efecto que pudiera causar el nuevo estilo, dióse á rimar sus visiones, sus desesperanzas; y en los ágiles ritmos de sus versos copió cadencias desconocidas, engarzó gemas de lumínicos colores y cantó á la vida.

Por sus estrofas desfilaron las auroras de la niñez, los juegos infantiles; el Amor, el Descontento, la Muerte. Toda la nostalgia de anhelos no cumplidos, toda la amargura de lo irremediable, flota en esos versos dolorosos y bellos como heridas que se trocasen en magníficas flores.

Entre aquellas de sus poesías referentes á la infancia, una de las más hermosas es la intitulada *Crepúsculo*. En ella revela Silva un vigor pictórico admirable. Su mano de artista traza los cuadros de las leyendas infantiles, con todo su sabor original, y evoca dormidas memorias, haciendo vibrar el corazón con el recuerdo de aquellas veladas de oro y rosa en que oíamos extasiados el relato de adorables idealidades, mientras llegaba á nuestros párpados el sueño en alas de los cuentos maravillosos. Es deliciosa: da la impresión real de la niñez absorta por el prodigio de la fábula.

Midnight Dreams es otra de sus composiciones que tiene el don de inquietar el espíritu. El poeta duerme y los sueños de otra época se le aparecen; se acercan á él silenciosos y lo miran con sus ojos de sombra. Oye voces que ha oído

no sabe dónde y ve caras que hace tiempo se ocultan entre la fosa. Un aroma indeciso llega hasta él como un fantasma y le habla del pasado. La péndola del reloj se detiene y un grave silencio impera en la habitación. Luego esos sueños, imagen de las esperanzas, glorias y alegrías que nunca fueron del poeta, se van alejando, y sin pisar los blandos hilos de la alfombra, sin el más leve rumor, se hunden y se desvanecen en las tinieblas.

Esos versos guardan infinita poesía; de ellos emerge la tristeza como un llanto que se escapa silencioso; revelan además una concentración del pensamiento que es modelo de expresión subjetiva. Inútil es hablar aquí del inmortal poema llamado *Nocturno*, ya bien conocido y apreciado en el mundo de las letras; pero fuera de esta poesía, las tituladas: *Los Maderos de San Juan, Vejeces, Nupcial, Don Juan de Covadonga, Día de Difuntos*, y muchas otras que no citamos, son creaciones de alto mérito que algún día ocuparán el puesto que merecen, cuando reunidas en volumen, permitan conocer mejor al brillante y dulce poeta arrebatado en la flor de la vida por la mano de la fatalidad.

Aparte de sus versos, fué Silva un selecto burilador de la prosa. Una prosa tan galana, tan florida y dúctil, que ella sola hubiese bastado para darle renombre.

Desgraciadamente, la obra de Silva, perdióse casi en su totalidad en el naufragio de *L'Amérique*, ocurrido en 1895 en las costas colombianas. A bordo de ese buque llevaba él, aparte de la mayoría de las composiciones de su *Libro de Versos*, varias obras en prosa, entre ellas algunas novelas, y la colección íntegra de sus maravillosos *Cuentos Negros*, que apenas fueron conocidos en veladas íntimas por los amigos del poeta. Por los fragmentos que han quedado de esa escogida labor, puede juzgarse de su mérito. La brillantez de estilo, el colorido de las imágenes, el atrevimiento y gallardía de forma unidos á la intensidad de la idea, hacen de esas páginas, hondas é inquietantes, algo que se aparta con el aletazo del genio, de ese similor de baratija con que los pequeños orfebres del idioma quieren aparecer exquisitos.

Como una de sus notas más altas pudiéramos citar un trozo del cuento *De Sobremesa*. En sus páginas, últimas

que escribió Silva, flota un hálito de terror y de angustia. ¡Con qué vigor evoca la imagen de la Locura! ¡Con qué verdad refleja en sus palabras su tortura interior, la vibración dolorosa de todas sus fibras! Tienen además sus conceptos el valor inapreciable de la sinceridad, bien demostrada con la supremacía de su acto postrero.

Pocos días después de escritas esas líneas, el bardo, á quien nunca abandonaron la sonrisa y el aire discreto y dulce que lo caracterizaban, apareció en su lecho, pálido é inmóvil. Su hermosa cabeza, de rasgos aristocráticos y finos, descansaba muellemente sobre el almohadón, sin revelar con una contracción siquiera el dolor ó la agonía. Fué el último sueño, tranquilo y dulce. Quizá la rima postrera; la suprema expresión de su alma, aleteó entre sus labios empalidecidos, mientras se deshojaban en tibios pétalos sobre su pecho de Apolo las purpúreas rosas de la muerte.

El disparo del arma fatal no fué por nadie oído; el poeta ahogó bajo las sábanas el ruido de la detonación, y suavemente, sin perder un punto de modalidad caballeresca, se hundió en la sombra, sin estrépito, sin romper con una nota de vana puerilidad la armonía gloriosa de su vida.

Alfredo Gómez Jaime

Madrid, Febrero de 1908.

FIN

INDICE

